Benito Pérez Galdós

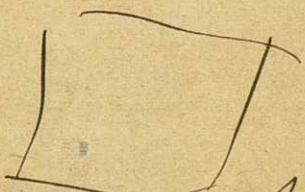
Obras inéditas

ordenadas y prologadas [por] Alberto Ghiraldo

Volumen VIII

Toledo

(Su historia y su leyenda)



Renacimiento
San Marcos, 42
Madrid

M.C.D.2020

Las Generaciones artísticas en la ciudad de Toledo

por

Benito Pérez Galdós

Señas

Juan Verde Rodríguez
Marqués de Urquijo, 32

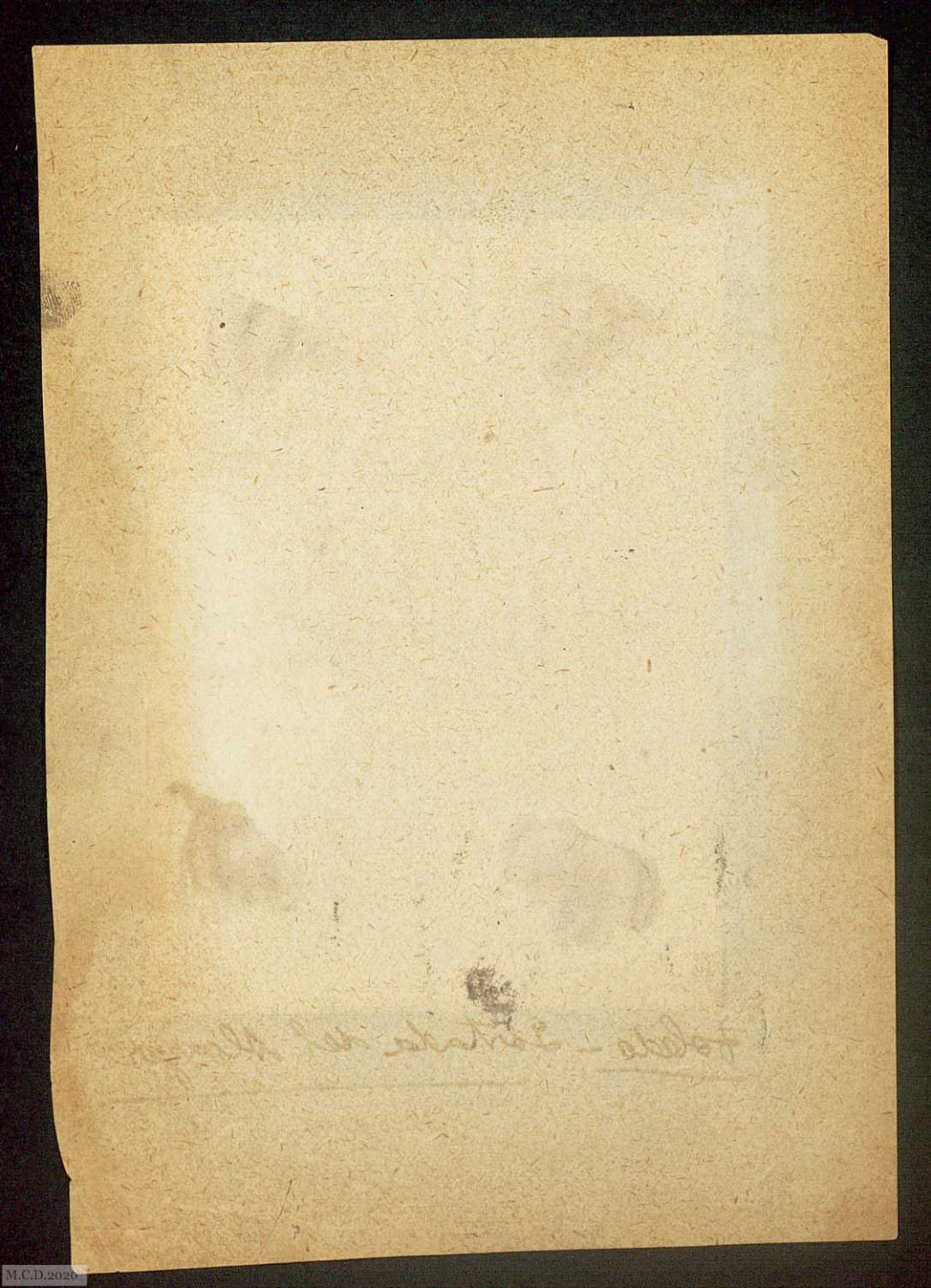
M.C.D.2020

Toledo - La Catedral

M.C.D.2020

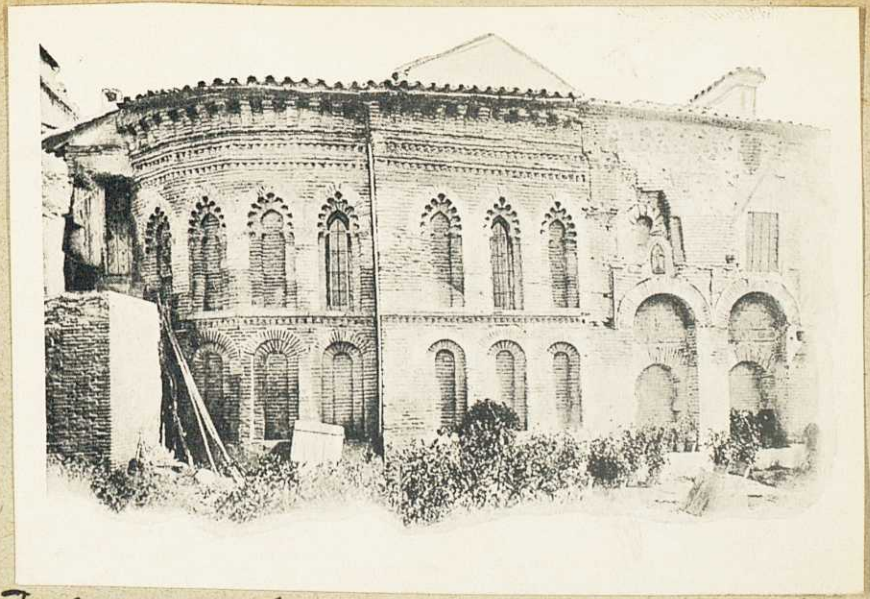
Toledo – Portada del Alcazar

M.C.D.2020



Toledo - ~~Torre árabe de la~~ Iglesia de Santiago

M.C.D.2020



Toledo - Absida del Cristo de la Luz

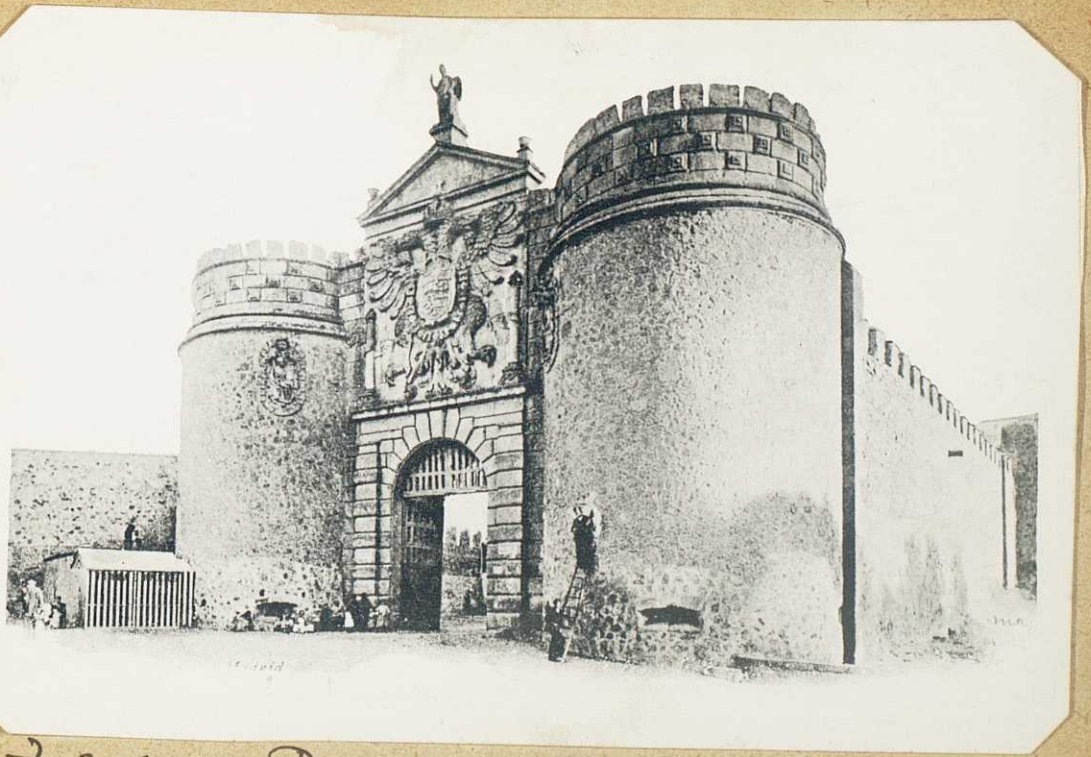
M.C.D.2020

M.C.D.2020

Toledo - Antiguas fortificaciones

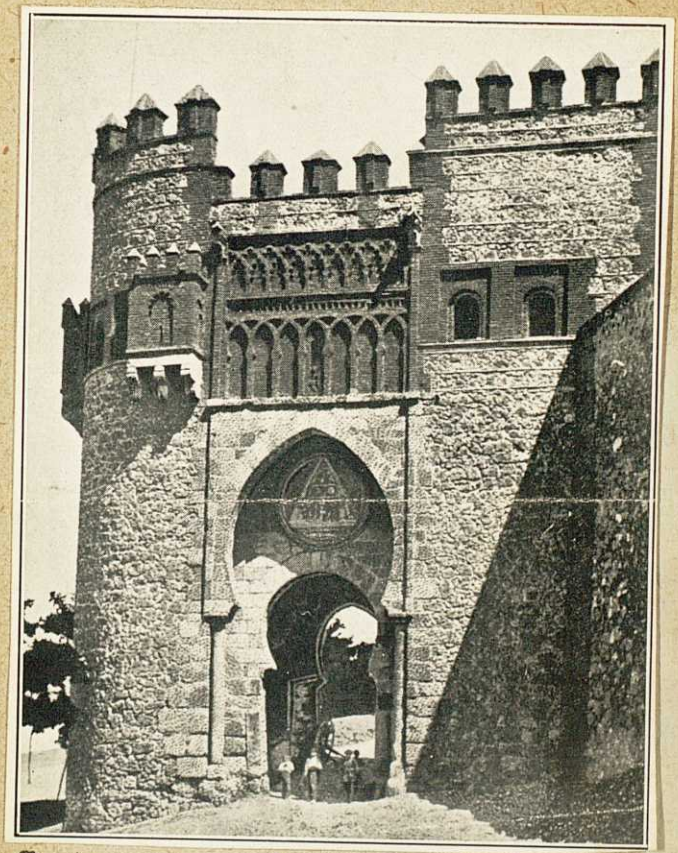
M.C.D.2020

M.C.D.2020



Toledo – Puerta de Visagra

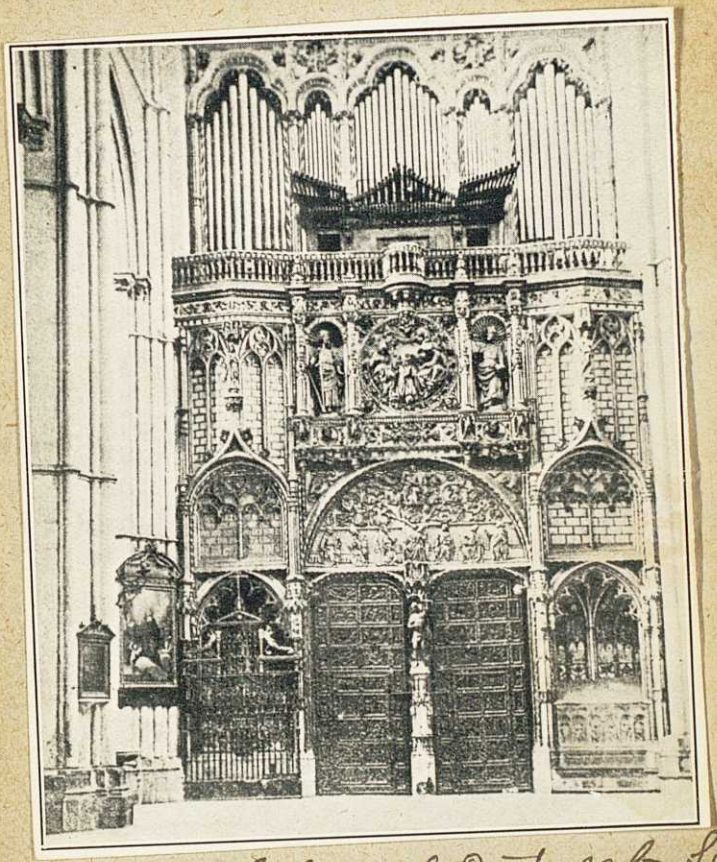
M.C.D.2020



Toledo – Puerta del Sol

M.C.D.2020

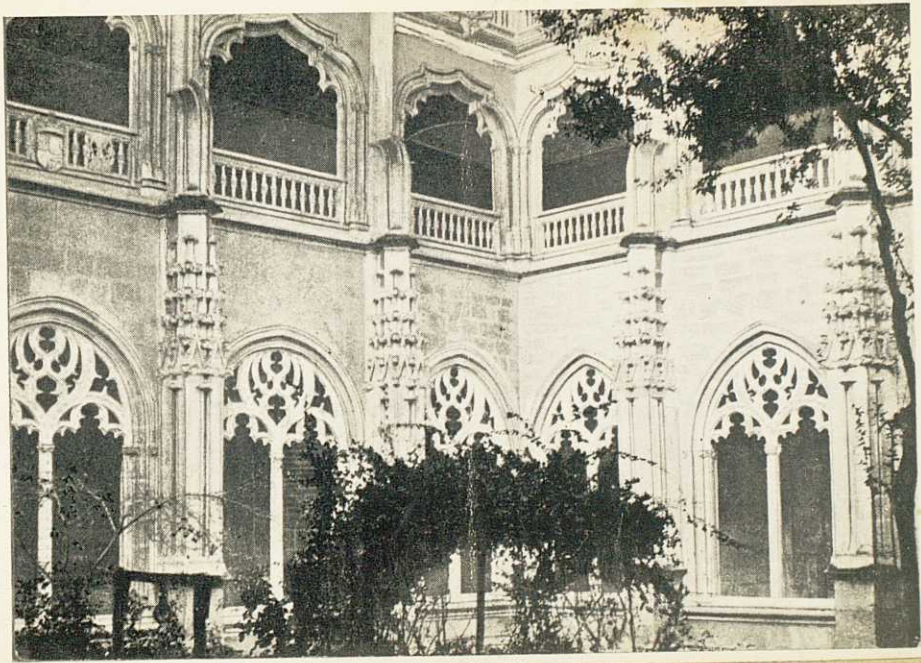
M.C.D.2020



Toledo - Catedral: Puerta de los Leones

M.C.D.2020

M.C.D.2020



Toledo – San Juan de los Reyes – Patio del Claustro

M.C.D.2020

M.C.D.2020

Toledo - Catedral: Interior del Coro

M.C.D.2020

18

Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo.

I

Cuando se llega en ferrocarril á la que, por una tradición, en cierto modo irrisoria, se llama todavía Ciudad Imperial, no cree el viajero encontrarse á las puertas de la antigua metrópoli española, ni aun á las de un pueblo, clasificado por la administración moderna en la fastuosa categoría de las capitales de provincia. El viajero no ve sino un escarpado risco á la izquierda, un llano á la derecha, y enfrente, á lo

lejos, algunas casas de mal aspecto, y la cúpula de un edificio (el Hospital de Caveda), cuyo exterior no demuestra la importancia y belleza que interiormente tiene. Es preciso avanzar un poco en aquello que los toledanos llaman el paseo de la Rosa, pasar más allá de la corroida estatua del Rey Wamba, doblar á la izquierda, siguiendo el camino, y allí ya se presenta repentinamente la grandiosa perspectiva del puente de Alcántara: arriba el Alcázar, puesto como un nido de águilas en lo alto de una montaña inaccesible; á la derecha y más lejos, en la pendiente que baja á la Vega,

el Arrabal de Santiago, donde las torres de la puerta nueva de Visagra forman, con el ábside de la vieja parroquia y los ennegrecidos cubos de la muralla, el más pintoresco conjunto: á la izquierda se ven las ruinas del castillo de San Servando, enfrente una confusa aglomeración de edificios antiquísimos y modernos, construidos unos sobre otros en la pendiente del risco; y abajo el río, el padre Tajo, profundo, oscuro, revuelto, precipitado, espumante, atravesando todo entero y con gran velocidad el gran arco de aquella prodigiosa fábrica, que, á la solidez probada en tantos siglos, reune una extraordinaria belleza.

El entrar por este sitio en la ciudad, olvida el viajero que ha venido en el vehículo de los tiempos modernos. Su aspecto ~~de ciudad~~ es el de los pueblos muertos, muertos para no renacer jamás, sin más interés que el de los recuerdos, sin esperanza de nueva vida, sin elementos que puedan desarrollarse nuevamente, darle un puesto entre los pueblos de hoy. De aquellos ilustres escombros, destinados a ser viviendas de lagartos y arqueólogos, no puede salir una ciudad moderna, como sucede a sus compañeros en la historia, Salamanca y Sevilla. No tiene sino el valor de las ruinas, grandes para algunos, escaso o tal vez despreciable para la generalidad.

A esto contribuye en

M.C.D.2020

gran parte su peregrina situación. La construyó la estrategia de la Edad Media; y el hombre de hoy no ama esas fortalezas naturales, donde las pasadas generaciones, obligadas por los odios y las discordias de aquellos tiempos, se encastillaron. En la época del derecho y la fraternidad, el hombre prefiere las grandes planicies para vivir y moverse, y sólo llevado de un grande amor a lo antiguo puede resolverse a trepar por esos vericuetos, a escalar esas murallas, llenas de recuerdos, habitadas por ilustres ~~sombras~~ sombras, es cierto; pero ásperas y fatigosas. Las molestias y el cansancio convierten en prosa para los más ricos ejemplares de la arqueología.

Al subir al Zocodover por el camino que la municipalidad ha abierto con un supremo esfuerzo para unir a Toledo con el resto del

mundo, se puede observar la desmesurada altura que ocupa la ciudad sobre el nivel del Tajo. No considerando las necesidades que el arte de la guerra tenía entonces, no se comprende por qué se colocaron en aquella altura la mayor parte de los monarcas de España desde Alfonso VI. hasta Cárlos V. Ni se comprende que tan desapacible sitio fuera en un tiempo, residencia de las más fastuosas familias de nuestra aristocracia, emporio de las letras, y teatro donde brillaron todos los esplendores del Renacimiento.

En la plaza, la impresión es más desagradable. Las casas no tienen la suntuosidad moderna, ni la fealdad interesante de lo antiguo. Los mezquinos soportales que existen allí, como en todas las ciudades de Castilla, para solaz de los tachueleros, chalanes

M.C.D.2020

y carniceros, le dan una triste uniformidad; y el conjunto sería completamente insignificante, si por encima de las fementidas casas no apareciera la imponente fachada del Alcázar, ennegrecida por los años. Es preciso subir otra cuesta para poder contemplar toda entera aquella gran masa de piedra, colocada más alta que la ciudad, para dominarlo todo y verlo todo. Los techos de las casas están más bajos que sus cimientos, enclavados en las entrañas de la roca: de su esplanada se descubre un paisaje inmenso, limitado por el más amplio horizonte; y tal es la disposición de aquel torno, que el que sube a sus galerías y se asoma a sus balcones, cree tener a toda España postrada a sus pies. Nada es más hermoso que la perspectiva del Alcázar, cuando, bañadas

por el sol de la tarde sus oscuras piedras, se ven perfilados con un ligero reflejo, los bellos adornos de su última fila de ventanas, los heraldos que decoran la puerta, y el águila tudesca que abre sus enormes alas de piedra en el rosetón del centro.

Desde aquí se ve: al Norte la Vega con los barrios ó arrabales de Santiago, Antequeruela y Covachuelas; al Este el Castillo de San Servando y la agreste y salvaje colina en que está situado. Toda esta parte oriental tiene un aspecto tal, que infunde sorpresa y pavor. Corre a una gran profundidad el río, haciendo un ruido espantoso, sin cañaverales ni malezas, entre peñascos, cuya concavidad produce siniestros ecos, batiendo trozos de muralla, vestigios de antiguos puentes, interrumpidos por aceñas y

(1) Escenario de "Angel Pueyo" - 1891

M.C.D.2020

diques, atronador, rabioso, teñido por la tierra que arrastra en su curso, en la cual algunos viajeros sentimentales suelen ver un emblemático color de sangre. El paisaje que le rodea es de lo más sombrío que se ha ofrecido a las miradas humanas. Es un desierto; pero no el desierto de las grandes llanuras que engaña la vista y adormece el espíritu por su tranquila monotonía; es ese desierto de los anacoretas, lugar escogido por el ascetismo entre los más horribles de la tierra, páramo de asperezas y peñascos, continuamente ensordecido por vientos espantosos, propio para aquelarres y otras asambleas del mismo jaez, lugar de magias y conjuros, de pesadillas místicas y enajenaciones teológicas, escena donde la imaginación se complace en colocar a los misántropos de la religión (1)

(1) Breviario de Angel Guerra - 1891 -

el mágico prodigioso y el condenado por desconfiado.

Al Oeste de la ciudad, donde no se ve otra cosa que una aglomeración incomprensible de casas con tejados de distintas alturas: en medio de ellas, aparece la Torre de la Catedral, que como todas las construcciones altas y esbeltas, produce en el espectador una rara ilusión. Parece que no se mantiene muy firme y que a impulsos de los recios vientos carpentanos, se mece suavemente como una palmera. Enfrente está la pretenciosa cúpula de San Juan Bautista; y en diversos puntos de la ciudad se ven algunas torres mudéjares, miradores de ladrillo, campanarios y enormes paredones sin elegancia ni grandeza, que son el exterior de los vulgares conventos del siglo XVII.

M.C.D.2020

El .....

de la

~~Conjunción Republicano-Socialista~~

B. L. M.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

aprovecha gustoso esta ocasión para expresarle la seguridad de su consideración más distinguida.

Madrid, ... de ..... de 191...

M.C.D.2020

Por los tejados se comprende el dédalo inextricable de las calles amoriscadas, no comparables ni a las de Córdoba. Es fácil distinguir las siete colinas sobre que se extiende la ciudad, y determinar los distintos barrios, indicados por otros tantos monumentos característicos. Si fuera posible elevarse a mayor altura que la del Alcázar, se abarcaría de un golpe de vista el panorama monumental, y sería fácil predecir la relación que vamos a hacer. Suponiéndonos con el lector en esa altura imaginaria, veríamos en el centro, situada de Oriente a Occidente la Catedral, y al costado meridional de ella los barrios

M.C.D.2020

El ~~Secretario~~

de la

~~Conjunción Republicano Socialista~~

B. L. M.

al señor Don .....

y tiene el gusto de participarle que el Comité Nacional Ejecutivo celebra sesión el .....

día ..... de ....., á las ..... en punto de la .....

, en el local de costumbre, á cuya reunión le ruega asista puntualmente.

.....

aprovecha complacido esta ocasión para reiterarle la seguridad de su más distinguida consideración y afecto.

Madrid, ... de ..... de 191....

de Andaque, San Lucas y de los Tintes; frente a ella y en el punto más alto de la ciudad el barrio de San Román, bien indicado por su pintoresca torre. Más allá, y enfrente también de la iglesia mayor, está la judería, fácil de conocer por su miserable aspecto y por la cresteria de San Juan de los Reyes, que está a los bordes de la ciudad por Occidente; al costado Norte el Arrabal de Santiago, junto a la muralla; y más al centro el de Santa Justa. Detrás del ábside del templo el barrio de San Miguel el alto, determinado por otra torre mudárabe; y junto a este, el cerro del Espinar del Can y las carreras de los Cabestreros próximas al Alcázar.

Pero de una simple contemplación panorámica de la ciudad, no saca el viajero sino una gran confusión de ideas. Ve una multitud de edificios de todos estilos, góticos, árabes, y del Renacimiento; de todas clases, religiosos, señoriales y militares; y no acierta á clasificarlos con algun método.

Toledo es una historia de España completa, la historia de la España visigoda, de los cuatro siglos de la dominación sarracena en el centro de la Península, del viejo reino de Castilla y León, de la

monarquía ~~más~~ vasta fundada por los Reyes Católicos, y por último de ese gran siglo XVI, que es ~~el~~ siglo español. Todo lo que en España ha vivido en Toledo, ha sido testigo de las más grandes empresas de la Reconquista; y antes vió desarrollarse y corromperse el Imperio de los visigodos. Presenció los mejores tiempos de la dominación sarracena, recibiendo el depósito de cultura que los árabes y los judíos dejaron en la Península. En ella rendieron casi todos los reyes castellanos, y tuvo al pueblo y a la nobleza reunidos en Cortes,

como antes tuvo al clero
y los reyes legislando juntos
en sus inmortales Concilios.
Al mismo tiempo la literatura legendaria ha bebido en sus tradiciones caballerescas y religiosas, en los recuerdos de sus santos y de sus héroes, los elementos de sus mejores creaciones. Al entrar allí vienen a la memoria la Virgen Locadia, y también Custilda, inmortalizada en la más agradable conseja, lo mismo que aquellos dos excéntricos de la Edad Media de que aún se cuenta tantas cosas, Don Alfonso el Sabio y el Marqués de Villena.

A la memoria de estos

figuras se une la de sus ilustres Arzobispos, entre los cuales figura D. Rodrigo Jiménez de Rada, compañero y amigo de San Fernando, el ilustre Gil de Albornoz, el Cardenal Mendoza, el gran Cisneros, de imperecedero recuerdo, Tavera, cuya caridad ha quedado consignada en un grandioso monumento, Silíceo, etc.

No podemos olvidar que en aquel Zocodover, encrucijada molesta y sucia, se han hablado en mejores dias todas las lenguas de Europa; y que en aquella destartalada juderia, hoy reducida a escombros, donde

la miseria ha hecho su habitación, se reunieron todas las manufacturas de Oriente y Occidente en los tiempos más florecientes de las artes españolas.

Al mismo tiempo, es imposible separar de la impresión que produce la vista de la ciudad imperial, la memoria de los héroes picarescos, producidos por las primeras tentativas de la novela española, tan original entonces: ni se olvidan aquellos tipos tan magistralmente dibujados por Tirso de Molina, que copió en sus calles las figuras de los médicos pedantes, de los doctores

enfáticos, de los lacayos intrusos y enfáticos, de las mujeres casquivanas y de los galanes tan pretendientes como discretos. Pero entre todas las emociones novelescas, digámoslo así, que al entrar en aquella ciudad muerta produce, hay una que las ocurre a todas y las domina. Esto es una impresión individual, tal vez inmotivada; pero no puedo prescindir de ella, y estoy seguro de que a muchos les han venido a la imaginación iguales pensamientos. La imagen que creo encontrar en Toledo al volver de cada esquina y al recorrer las

M.C.D.2020

estrechas y medrosas calles de sus barrios más solitarios es la de la Madre Celestina, incomparable bruja, y embaucadora un trogue, tan docta en la criminal alquimia de los embustes licenciosos, como conocedora de la sociedad de su tiempo, y de las pasiones de todas las edades.

No hallamos en la Celestina ningun dato fijo para suponer que su accion pasa en Toledo: por el contrario, la circunstancia de que desde los miradores de Melibea se gozaba de la vista de los navios, indica que la escena pasa en algun puerto de mar ó ciudad

M.C.D.2020

atravesada por un caudaloso río. Pero esto no importa. Aunque los autores de aquella curiosa obra no señalaron materialmente el sitio de la acción, se conoce bien que el teatro anónimo de tan ~~singulares~~ aventuras es Toledo, centro entonces de la sociedad española. Por lo demás ¿no están ~~aquellas~~ las calles mal cadas aún con el rastro de aquella repugnante bruja? ¿los barrios de Antequera y San Lúcas no conservan aún los infames garitos de Elicia y Arteaga? Y bien claro muestran las casas toledanas, con sus altos tapias, su escaso de ventanas, sus recatadas celosías, su severo aspecto,

que Melibea viviá en alguna de ellas, verdaderas cárceles de honestidad que construyeron los padres del siglo XV como fortalezas del honor doméstico.

Y si abandonando las soledades del pueblo os internais en la parte más bulliciosa, recordareis su antigua Alcana, centro de comercio de joyas y sederías, donde Cervantes coloca la ingeniosa invención de la compra del manuscrito arábigo, que adquiriá por medio real, el cual manuscrito le tradujo después un morisco aljamiado, mediante el pago de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

39/ En resumen, todo lo que aquí ha habido de caballeresco en las costumbres, de noble y ejemplar en la vida, de osado en las empresas, de original y picante en la literatura, de delicado en las artes, ha tenido por teatro esta ciudad, clavada en una peña, combatida siempre por recios y helados vientos, en situación inaccesible, áspera, sombría, oscura, silenciosa, menos cuando tocan simultáneamente a misa las campanas de sus cien iglesias, incómoda, inhospitalaria, triste, llena de conventos y palacios que se caen piedra á piedra, ennoblecida por su inmensa cate-

dral metropolitana; ciudad del recogimiento y la melancolía, cuyo aspecto abate y suspende el ánimo. a la vez, como todas las ilustres tumbas, que no por ser funestas y magníficas dejan de encerrar un cadaver.

Por eso hemos dicho que era el mejor de los libros. (Pero leer ese libro es muy difícil) Se han clasificado los monumentos por categorías, ~~artísticas~~, según su mérito artístico o histórico. Mas lo que conviene es establecer una división, adoptando un sistema que llamaremos, si se nos lo permite, de capas arquitectónicas, para expresar

las justas posiciones de
las distintas épocas que
se han sobrepuesto o
se han ~~[illegible]~~ remplaza-
do unas a otras. Para
esto es preciso hacer
inducciones dificultosas,
restableciendo lo que no
existe, con gran pe-
ligro de que la imagina-
ción se entregue a sus
naturales extravíos. Pero
no importa: lejos de
evitarlo emplearemos al-
ternativamente la historia
y la leyenda, imposible
de separar tratándose de
cosas viejas. Las antigüe-
dades no pueden hacerse
agradables a los ojos de la
multitud, si se las estudia
con un criterio frío

y exactamente razo-
nado. Dejad junto a la
inscripción erudita de esas
honrosas piedras las que la
imaginación lee en ellas,
y transmite y perpe-
tua el pueblo sin usar
ninguna clase de carac-
teres. Así es que no va-
cilamos en aprovechar
para esta ligera reseña
de las antigüedades to-
ledanas tanto las ver-
dades referidas por la
historia, como las hermosas
mentiras que cuenta la
gente de aquel pueblo
señalando sus interesantes
escombros.

M.C.D.2020

Capítulo aparte [II 43 116

Madrid toma ya en serio las declamaciones de ciertos escritores antiguos que al escribir la historia del pueblo en que habían nacido, hacían remontar su origen, para hacerlo más ilustre, a la más remota antigüedad. Generalmente buscaban su abolengo en la mitología o en los héroes del antiguo Oriente, prefiriendo siempre a Hércules o a Nabucodonosor. Cronistas hay que atribuyen la fundación de Madrid a Nemrod; y por lo que respecta a Toledo, sus historiadores le dan por padre

al Rey Tartus, algunos optan por Perro, y otros atribuyen su fundación á la venida de los griegos por la vía de Inglaterra.

Dejando a un lado toda esta pedantería propia del siglo XVII, el siglo de los hipérboles y de las cultas tonterías, no pararemos en nuestra rápida reseña más allá de la dominación romana, la más antigua de que quedan vestigios.

Poniéndose frente al Hospital de Bavera, se ve a la izquierda una fila de escombros dispuestos en su largo circuito de figura oval. No

hay restos de graderia, ni de ninguna construcción sillar; por que sin duda, después de la destrucción de este edificio en tiempo de la dominación musulmana, se utilizó la piedra para otras construcciones. No resta sino una fuerte argamasa informe, aunque por su disposición general se conoce bien que aquello era un circo, el Circo Máximo de que hablan todos los cronistas de la ciudad.

No lejos de esto se hallan otras ruinas, que es lo que ciertos escritores petulantes (1) llaman la Naumachia, lugar destinado a simulacros navales y otros divertimientos proporcionados por las aguas del Tajo, que entraban allí y se desaguaban con igual presteza, para que navegaran barcas y navios. Junto a la Naumachia

(1) D. Cristóbal Lozano en su obra titulada Los Reyes Nuevos de Toledo.

M.C.D.2020

indican otros escombros el templo de Hércules; y en el inmediato barrio de las Cortaduelas, ó Arrabal, a la derecha del Hospital, se conservan trozos de muralla, que se suponen de un teatro. En estos muros se albergan hoy muchas familias de pobres, que improvisando techos y tabiques, en aquellos escondrijos, han convertido en guaridas mezquinas los restos de la suntuosidad romana. Lo que hay en la Vega indica que allá abajo tenían sus fiestas y esparcimientos; pero habitaban arriba, y el circuito de sus murallas era el comprendido en las siguientes líneas: Del Alcázar al Zacatín, de aquí a Santa Fé, de Santa Fé a la puerta de Perpiñán situada junto al Miradero, de esta puerta a San Nicolás, San Vicente, Santo Domingo de Silos, el antiguo Santo Tomé,

Ayuntamiento, Calle del Deán, San Miguel el alto y el Alcázar. En el espacio comprendido entre las líneas que unen los puntos mencionados, vivían los Romanos.

Esta época no entra en nuestra reseña sino como un preámbulo. La primera capa, la primera generación que hemos de examinar, es la visigoda. Para llegar a ella y figurarnos la ciudad como era del siglo V al VIII, es preciso destruir con la imaginación todo lo existente.

El circuito de la ciudad es casi el mismo que tiene hoy. Por un lado el río la determina bien en su curso invariable: por otro las murallas construidas por Wamba, señalan perfectamente en la línea que va de la puerta del Sol a la del Cambrón. Dentro de estas líneas, una de agua y otra de piedra, teneis

la ciudad visigoda. Aún no venido (131)
Tarik con sus huestes invasoras: todavía
el río no ha sacado fuera el pecho para
anunciar la ruina de aquella sociedad.
Veamos ahora si encontramos dentro
del círculo indicado alguno de los
edificios.

Donde veis la Catedral estaba
una basílica latina, donde está el
Hospital de Mendoza, la basílica pre-
toriana de San Pedro y San Pablo,
donde está Santa Justa otra basílica,
donde están las ruinas de San Agustín
un palacio, donde está Santa Fe
otro palacio; la basílica de Santa
Leocadia donde hoy existe; en el solar
de Santa María de Alficén, al final
de la cuesta del Carmen Calzado, camino
del Puente de Alcántara otro templo; y
en general las parroquias llamadas hoy mozárabes indican los solares de otras tantas iglesias de aquel tiempo.

Para llegar a esta

capa es preciso hacer enormes esfuerzos mentales. A ver si llegamos a reconstruir el palacio godo que ocupaba todo el solar donde están hoy la Concepción, Santa Fé, y el Hospital de Mendoza. Allí veis además de esto, una aglomeración de casuchas infectas, muchos corrales habitados por mulas y gallinas, paredones derruidos, trozos de construcción antigua, donde se han arreglado habitaciones del barrio mezquinas. Destruyamos todo esto, el Hospital de expósitos ó de Mendoza, el ábside de Santa Fé, la torre de la Concepción, y quedarán solamente en pié los restos del palacio de Galiana. Pero como este monumento, que se mutiló para formar lo que hemos quitado, se fundó a su vez sobre las ruinas del palacio que buscamos, echá-

mosle tambien a tierra, destruyamos las obras sucesivas de once siglos, y al fin obtendremos lo que queremos ver. El palacio godo que aparece al fin, es una construcción bárbara y pesada, sin tener otra cosa elegante y bella más que las columnas romanas que han utilizado en su construcción. Aún no ha entrado la moda de la ornamentación bizantina; y este palacio es un monumento primitivo, lo mismo que su iglesia, la basílica pretoriana de San Pedro y San Pablo, donde se reunen varios de los célebres Concilios.

Este palacio no debe ser anterior al siglo VII, tal vez tuvo lugar en él el banquete en que fué asesinado Witerico, a quien arrastraron después por las calles de la ciudad (610). De Sisebuto sí

se puede presumir que vivió aquí, lo mismo que Wamba, cuyo nombre va unido a sus ruinas.

Siguiendo reconstruyendo la población goda. Pasando de un puente a otro puente, nos encontramos en la parte occidental de la población, donde ya habitan muchos judíos. Sisebuto ha promulgado varias leyes de persecución contra ellos, lo cual no impide que se propaguen y formen el populoso barrio llamado la Judería. El mismo rey, ha fundado una iglesia cerca de allí, en la Vega, a poco trecho de la puerta a que ha sustituido la moderna del Cambrón. Esta iglesia está consagrada a aquella virgen de no tocada castidad, Leocadia, joven toledana, martirizada en el siglo IV. En esta iglesia, memorable porque en ella se celebra-

M.C.D.2020

con varios Concilios, ocurrió un acontecimiento notabilísimo en el año 666, reinando Recesvinto. 52

Es el caso, que el ilustre prelado San Ildefonso, había defendido el misterio de la Inmaculada Concepción, con singular éxito. Sabida de todos es la recompensa que la Virgen le dió bajando ella misma en carne mortal, como dicen los teologos, para ponerle una casulla. Pero Recesvinto, quería celebrar la elocuencia del prelado de otro modo un poco más mundano, con una fiesta a la vez civil y religiosa en la basílica de Santa Leocadia, donde estaba enterrada la interesante mártir. Acudió todo el pueblo cristiano, y algunos judios; porque los edictos habían producido muchos falsos devotos. La Iglesia estaba llena, y era

de seguro más capáz que la actual. La mujer (santera) que hoy la enseña, dice refiriendo el suceso, que allí cabía toda la gente toledana, lo cual parece muy hiperbólico, con perdón sea dicho de aquella respetable dueña.

Pero sigamos nuestra tradición. El Rey y el Santo ocupan sus asientos en el ábside, en cuyo circuito se han sentado varias veces los ilustres padres del concilio. Más en lo mejor de la fiesta, se abre el sepulcro de la Santa (la Santera dice que la piedra era tan grande, que treinta hombres no la podrian levantar); salió fuera con asombro y terror de todos, tocó la mano del Obispo, y dijo: "Alfonso: por tí vive mi señora".

Ya la muchacha se tornaba a su sepulcro, cuando al rey y al prelado se les ocurrió que

M.C.D.2020

convenía quedara algún testimonio material de tan extraño caso.

Recesvinto sacó su daga y la dió a San Ildefonso, que cortó un pedazo del velo de la Virgen mártir. El pedazo de velo y el cuchillo se enseñan hoy a la atónita devoción de los que visitan la Catedral. Esta es la más vieja tradición que va unida a la basílica de Santa Leocadia. Cuando examinemos en las generaciones árabe y castellana, las construcciones que han sustituido a la antigua Iglesia visigoda, veremos otras nuevas e interesantes leyendas, referidas siempre a este sitio, que sin duda debió impresionar vivamente las imaginaciones populares.

Sigamos ahora la línea de las murallas desde la puerta

del Cambrón a la del Sol, (38
y aquí encontraremos otro templo
igualmente inmortalizado por las
consejas, el Cristo de la Luz, que
antes de ser mezquita como hoy le
vemos, fué también templo godo,
probablemente de la forma latina,
que después los muzárabes adop-
taron para las sinagogas y
las parroquias cristianas.

En tiempo de Atanagildo, ocu-
rrió allí un portentoso suceso. Había
en la puerta un Cristo, sin duda una
de esas bárbaras esculturas de los
primeros tiempos, en que tan difícil
es reconocer los caracteres de la fi-
gura humana. Acertó a pasar por
allí un judío petulante y de buen
humor, y dió una lanzada al
Cristo. Pero he aquí que el Cristo
de palo, empieza a echar por la
herida un copioso raudal de sangre,

M.C.D.2020

, el judío se convierte, y el maldito caso corre de boca en boca y, al través de cincuenta generaciones, llega hasta nosotros.

Otra versión existe en la literatura popular. Según ella, dos judíos llamados Sacao y Abisaní, robaron el Cristo y fueron apedreados por el pueblo.

Esta es más verosímil que la que sirve de fundamento al nombre de Cristo de la Luz, con que se designa aquel monumento. Cuentan que al ser tomada la ciudad por los Moros, ardía una lámpara ante un Crucifijo que dentro había, permaneciendo encendida durante los trescientos setenta años de la dominación sarracena.

Volvamos a la parte occidental en busca del segundo palacio godo. Junto a San Juan de los Reyes, y lindando con la margen del río, exis-

M.C.D.2020

ten las ruinas del convento de San Agustín. Las crónicas han supuesto allí la residencia de los últimos reyes visigodos; y la tradición, llamando Baño de la Cava al torreón que existe allí cerca, confirma este aserto. Destruyamos lo que resta de vulgares y groseras paredes, y descubriremos allí, preciosos trozos de alicarado, que son del palacio hecho por los Moros en el solar del antiguo. Eliminemos esta obra sarracena y recompongamos el palacio perteneciente á la capa primera.

Este palacio, residencia de los últimos reyes godos, no es lo mismo que aquel otro donde Wamba vivió durante un reinado de austeras virtudes. Esta es la mansión del sibaritismo y la corruptela, la escena de las crueldades de Witiza y de las crápulas de Rodrigo. Su forma

nos es completamente desconocida, aunque por inducción, y suponiéndole construido en el siglo VII, podremos afirmar, que la influencia bizantina había llegado ya, y que el lujo de ornamentación polícromata, el oro y los mosáicos, arrancados a edificios romanos, la espléndida decoración y el empleo de metales preciosos y finísimos estucos, le ponían en armonía con el carácter disipado y sensual de sus habitadores. Rodrigo tenía allí sin duda el escondrijo de sus funestas voluptuosidades, y sin duda reunió en tan apacible recinto, todo lo cómodo, lo rico y lo superfluo que las artes de su época podían suministrarle. Se cuenta que allí encontró Tarik veinticinco coronas de oro cuajadas de perlas, y una multitud de riquísimos objetos, que luego dieron origen a serias contiendas entre los

M.C.D.2020

dominadores al tratar de repartirselas.

Un día desde las ventanas de su morada vió Rodrigo una doncella que se bañaba en el río; y a esta aventura que la historia no ha podido investigar bien, ya unida la pérdida de España.

Sentadas a la redonda,
la Cava a todas les dijo,
que se midieran los brazos
con un listón amarillo.
Midiéronse las doncellas,
la Cava lo mismo hizo,
y en blancura y lo demás
grandes ventajas les ~~hizo~~ hizo.
Pensó la Cava estar sola;
pero la ventura quiso
que por una celosía
mirase el Rey Don Rodrigo.

El resto de la historia es bien conocido, con la problemática traición

del Conde Don. Julián. Respecto a lo que hay de particular y doméstico en estos hechos, y en los amores de Rodrigo, inmortalizados por Fray Luis de León, la historia no ha hecho mucha luz. Pero le basta conocer bien la triste evidencia del Guadalete, donde Rodrigo se presentó, como todos los reyes petulantes y corrompidos, haciendo alarde de un lujo que hubiera avergonzado a Wamba.

Entre tanto, no salgamos de nuestra ciudad. Un día, el Domingo de Ramos del año 712, todo el pueblo baja a la vega a celebrar la fiesta en la basílica de Santa Leocadia. Tarik sorprende a Toledo; y los judíos, cuyo resentimiento hacia los cristianos españoles aumenta cada día, le abren las puertas de la ciudad. Los toledanos son sorprendidos y un

gran número de ellos perece en la basílica, inmolados por la saña de los invasores. Así se cuenta en antiquísimos libros, aunque la crítica juiciosa supone que Toledo se rindió después de un dilatado asedio, no siendo posible aquella sorpresa de teatro, referida con tanta candidez por los cronistas.

Capítulo parte I

- III -

Ya España es árabe, excepto en el pequeño rincón de Asturias. Ahora comienza en Toledo la segunda generación artística, la segunda capa. Para comprenderla bien, hagamos lo que hicieron los moros, derribarlo todo, templos, palacios, murallas. Los vastos edificios de Wamba y Rodrigo, son abatidos para dejar el sitio a otros nuevos, y las basílicas son reformadas o construídas de nueva planta; las casas

M.C.D.2020

se disponen en apiñada confusión, las calles toman esa forma tortuosa que tanto caracteriza el modo de vivir de los árabes, y por lo general aumenta la estrechez, especialmente en los interiores.

Los cristianos que permanecen en la ciudad bajo el yugo de los invasores, pueden ejercer su culto; y conservan seis iglesias, que aún llevan el nombre que ellos les daban, mozárabes. Entre tanto la mezquita (antigua basílica) se adorna con la decoración oriental, resultado de lo que los dominadores han aprendido en Persia, y lo que han visto en Bizancio.

En el siglo X, tenemos toda la ciudad completamente nueva. La segunda capa se ha formado por completo, dejando pocos rastros de la primera. Aunque más cercana

M.C.D.2020

a nosotros, que la antigua, necesitamos para llegar a ella hacer las mismas difíciles y peligrosas restauraciones imaginarias. Para llegar al palacio de las Torneriás y al del Temple, es preciso apartar las inmobles casuchas que los obstruyen, ocultándolos en parte, tapiándolos, oscureciéndolos, estrechándolos en un laberito de tapias mugrientas, donde habitan enjambres de mendigos, que se reparten los harapos de aquella púrpura destrozada. Junto a San Miguel el alto, podreis descubrir lo que resta de estos opulentos palacios; allí de cada salón se han hecho varios tabucos infectos: vénse las columnas empotradas en tabiques de tapiería, arcos sin estuco, admirables trozos de almocárabe, cubiertos de todas las suciedades imaginables, frisos cuajados de labor

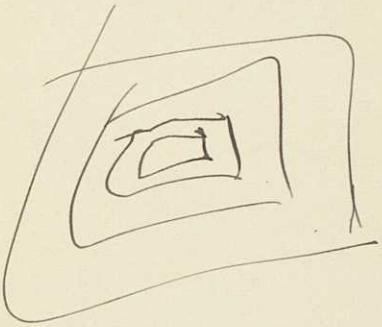
primorosa, que van desmoronándose poco a poco para aumentar el polvo de los patios, donde yace hecho pedazos el Koran esculpido que se cae letra a letra de las paredes.

Pero si de este palacio no nos quedan más que girones, en cambio podemos examinar completo el famoso Cristo de la Luz, que encontraréis allí en la parte norte junto a la puerta del Sol; iglesia tan insignificante en su parte exterior, que apenas se distingue de las vulgares casas que le rodean. Su aspecto es el de una covacha; y como sitio de oración y ceremonial religiosas, apenas basta para satisfacer la devoción de una familia numerosa. Ya recordaréis la fábula del judío que dió la lanzada al Cristo, y la otra, más

inverosímil aún, de cierta luz que ardió ~~tres~~ 370 años sin consumirse. Si esto no fuera un disparate físico, se refutaría diciendo, que el edificio actual es enteramente sarraceno y construido durante la dominación, siendo por lo tanto cosa segura, que la antigua iglesia fué derribada por los invasores. Pero no intentemos destruir lo que por fuerzas humanas no puede ser destruido, una tradición legendaria que lleva ocho siglos de depósito en la mente del pueblo.

El Cristo de la Luz es muy pequeño, pero su disposición no tiene nada de sencillo, siendo un exacto testimonio de la influencia bizantina en las primeras construcciones árabes. Descartando el santuario, que es extraño al resto del edificio, tenemos en su planta

M.C.D.2020



M.C.D.2020

un cuadrado perfecto. En el centro se elevan cuatro columnas con cuatro arcos, que en el corte horizontal del edificio determinan dos cuadrados concéntricos. Este arco y la pequeña bóveda a que da origen, es el elemento generador del edificio, como en la grande aljama de Córdoba, en que el mismo arco multiplicado hasta una proporción enorme, engendra aquella maravillosa combinación que recuerda las multiplicaciones de la óptica. En el Cristo de la Luz no existe el arco suplementario que vemos en la mezquita de Abderraman; pero sí una cosa que se asemeja mucho a aquella variadísima forma.

El edificio puede decirse que consta de dos

pitos. Imaginaos cuatro paredes formando un prisma: en el interior poneis cuatro columnas equidistantes de los ángulos, sobre estas columnas cuatro arcos, sobre estos arcos cuatro paredes, y tendremos dos prismas concéntricos unidos por dos arcos en cada ángulo. Resultan doce arcos, los cuatro torales y los ocho de los ángulos: estos arcos determinan, como es fácil comprender, seis naves que se cruzan, determinando a su vez nueve bóvedas. Pero las cuatro paredes del prisma interior tienen unas grandes ventanas, que hacen

en la parte superior del prisma lo que los arcos torales en la parte inferior, es decir, comunicar entre sí los recintos cubiertos con las nueve bóvedas de que hemos hablado. De éstas la central se eleva más que las demás, y está transparentada en todos sus lados por ajimeces de herradura. Las cúpulas están cruzadas por aristas y venas, que sirviendo de sostén, indican la poca confianza que en su arte de construir tenían los árabes durante este primer período.

Como vemos, la forma del edificio es distinta de la de todos los templos que

conocemos. Predomina aquí la forma cuadrangular y simétrica en sus dos cortes de latitud y longitud, a diferencia de todos los templos clásicos, góticos y latinos, en que la longitud y la latitud ofrecían disposiciones diferentes, aunque con gran acierto combinadas.

Cuando fué edificado este extraño recinto, que apenas tiene 22 pies en cuadro, la arquitectura arábiga hacía su primer ensayo, su primera tentativa, no de tanto éxito como la que creó en Córdoba la gran aljama de Occidente. Los árabes mostraron allí los primeros indicios de su originalidad.

pero también se echa de ver que no han olvidado las impresiones que trajeron de Oriente.

De la ornamentación no queda nada. El yeso ni velador se ha encargado de tapar las profanidades musulmanas, cuya brillantez voluptuosa ofendía tal vez la recatada severidad de nuestro culto; pero conociendo el famoso mihrab de Córdoba, nos es fácil suponer lo que podía ser aquello, ornado con arcos y resaltos de oro y azul, con mosáicos orientales, y tal vez con jaspes romanos, hermanos de los cuatro columnas que sostienen la fábrica.

¡Qué bello debía ser aquel

M.C.D.2020

pequeño recinto, dividido en nueve espacios por arcos y ventanas, que transmitían la luz descompuesta y templada por la viveza y la variedad de tan vistosos ornamentos. El fondo interior es una jaula, donde la exactitud geométrica, unida a las combinaciones del decorado, formarían un espectáculo de encantadora confusión, semejante a la que nos cantan esas figuras lineales con que han adornado sus admirables azulejos. Es un verdadero recinto de encantamiento, un pequeño laberinto desarrollado en las tres dimensiones, algo de rompe-cabezas

un juguete ingenioso para dar tortura al entendimiento, una sencillísima forma que viene a ser, por la combinación de sus líneas, la más complicada y múltiple.

Sigamos examinando la ciudad secundaria, para lo cual es preciso reconstruir otro gran palacio.

Busquémosle en el sitio en que vimos al principio la basílica pretoriense de San Pedro y San Pablo y el alcázar de Wamba. Las ruinas del edificio árabe, que allí existen todavía con el nombre de Palacios de Galiana, son de una antigüedad problemática. La crítica de juiciosos arqueólogos le hace datar del tiempo de D. Alfonso XI: pero la tradición y la literatura popular, relacionando aquél sitio con una aventura caballeresca, nos obliga a no separar el edificio del cuento. Ambos se conservan en el nombre

M.C.D.2020

que llevan aquellos vestigios; y nosotros, seguros de que al separar de los que hoy se llaman Palacios de Galiana la historia que les da nombre, perderá aquel sitio todo su interés, les conservamos juntos. Vamos al cuento.

Aún pertenecía Toledo al Califato de Córdoba, cuando uno de sus gobernadores, llamado Alfahri, se rebeló contra Abderramán. Este hombre ha quedado en el Romancero con el nombre de Galafre, y de éste era hija la hermosa Galiana, de tan seductora y acabada hermosura, que no se le igualaba ninguna otra mujer en la tierra.

Galafre era un moro petulante y vanidoso, aunque bien querido entre árabes y cristianos. Los romances y las crónicas le pintan con ese singular colorido

que ha dado la caballería andante a sus figuras de moro, creando un ser híbrido y extraño, en quien se reune el carácter oriental con algo de mitología, un moro de sainete y de figurón, un poco parecido a los Reyes Magos y al califa Haroun-Al-Raschid.

Galafre amaba tanto a su hija, que le construyó un palacio para que se deleitase, llevando allí todas las maravillas de su tiempo, y embelleciéndolo con los más amenos jardines, y con un artificio ingeniosísimo que llaman el orologio, o reloj de agua, mediante el cual, unos estanques, llenándose y vaciándose convenientemente, marcaban el movimiento lunar. De todo esto disfrutaba Galiana, sin dar muestras de mucha alegría. En todas estas viejas historias, archivadas

en la memoria de nuestras abuelas, aparece siempre utilizando ese elemento dramático de la princesa hermosa y rica que no está contenta y se muere de melancolía.

Pero el moro quiere que se case a toda costa. Vienen pretendientes de todos los ángulos de la tierra, pero ninguno tiene la suerte de agradar a la princesa del oroloxio. Esto hace sospechar que no es Galafre el único moro que juega en el cuento. El padre, contrariado y ofendido porque su hija desprecia a tanto respetable morazo como ha venido de Trapisonda, del Ganges, y de la ínsula Trapobana, está que no cierra el ojo, ocupado en vigilar las entradas y salidas del palacio, a ver si descubre algún amante, o si siente ruido de laudes

Sore Cantos

(1) Junto al río, al principio de la calle de Alcantara ó del Artificio de Juanelo.

se estaciona en la

M.C.D.2020

o cuchicheo de voces enamoradas. Pero nada descubre. Va de la puerta del Perpiñán a la de Doce Cantos, junto al río, al principio de la calle de Alcantara o del Artificio de Juanelo, se estaciona en la puente de Alcántara, ronda las tapias de la Huerta del Rey, y no encuentra nada. Galiana, evidentemente, no tiene amante conocido.

Entre los muchos moros que han venido a pretenderla, hay uno llamado Bradamante, Rey de Guadalajara, de quien dice un antiguo historiador toledano que era un moro feroz, apigantado y valiente. Bradamante está ciegamente enamorado de la hermosa Galiana; pero ésta no le puede ver ni pintado, por más que él valiéndose de su amistad con Galafre, entra en la casa, la galantea, la persigue, y no le da punto de reposo con sus indis-

cretas y fastidiosas ternezas.

77

Pero he aquí que un nuevo personaje se presenta en escena. Es el gran Carlo-Magno, el Rey de cartón que juega en todos los retablos de figurillas caballerescas. Carlo-Magno viene con sus Doce Pares y el Arzobispo Turpin a hacer una visita a Galafre el Magnífico, Sultan de Toledo, Emperador de la Carpetana, el cual les aloja en su palacio y les obsequia como quienes son y como quien es. Esta llegada de Carlo-Magno sería inoportuna en el cuento si ahora no se enamorara de Galiana, y Galiana le correspondiera, con gran desazón del emperante de Guadalajara, que no hace otra cosa que jurar y echar ternos, invocando a Alá, a Mahoma y otros falsos dioses.

M.C.D.2020

El Francés está amostazado, y daría la mitad de su Imperio por poder hacer un picadillo de Bradamante. Un día en la mesa se traban de palabras, vienen a las manos; Galafre tiene que interponerte, llevándose de posada y sin querer, con furibundo pasagonzalo. Los dos rivales salen al jardín, riñen, y Carlo-Magno mata al otro, le corta la cabeza como si fuera un nabo, y se la presenta a su amante. Siempre dirimen así sus querellas los héroes de cartón en la literatura caballeresca. La historia dice que la hermosa Galiana recibió el presente muy gustosa, tanto por la valentía de su amante, como por verse libre del que aborrecía. Carlo-Magno pidió a Galafre la mano de su hija; ésta se convirtió, casóla

el Obispo Cixila y los esposos se fueron a Francia.

Esta es la absurda leyenda que da a aquel sitio el nombre de Palacios de Galiana.

No afirmamos que tenga el mismo valor histórico el famoso reloxio, construido en los jardines, de cuya amenidad y frescura dan testimonio los toledanos. En una geografía arábiga del siglo XIV se cita a Toledo como poseedora de cosas raras y notables: una es que el trigo se conserva setenta y más años sin corromperse; otra es el prodigioso reloj de agua.

Según esta geografía y otros libros, construyó el aparato un matemático llamado Azarquiel, imitándolo de otro que vió en Arin, ciudad de la India occidental. Vigamos

M.C.D.2020

la descripción del geógrafo, que es tan ingeniosa como sencilla.

«No bien se dejaban ver la luna nueva, cuando por medio de conductos invisibles, empezaba a correr el agua en los estanques, de tal suerte, que al amanecer de aquél día estaban llenas sus cuatro séptimas partes y que al anochecer había un séptimo justo de agua. De esta manera iba aumentando el agua en los estanques, así de día como de noche, a razón de un séptimo por cada veinticuatro horas, hasta que al fin de la semana se encontraban los estanques a mitad llenos, y en la semana siguiente se veían llenos del todo hasta el punto de rebosar el agua. Venida la catorcena noche del mes, y cuando la luna empezaba a menguar, los estanques se iban vaciando

M.C.D.2020

del mismo modo y en la misma progresión que se habían llenado. Cumplidas las veintiuna noches y los veintiún días del mes, ya no quedaba en los estanques más que la mitad del agua, menguando cada día y cada noche hasta cumplirse los veintinueve días del mes, hora en que quedaban de todo punto vacíos. 77

Este era el reloxio, aparato que después llamó vivamente la atención de los Españoles, y con especialidad de Alfonso VII, que, queriendo conocer su misterioso mecanismo, mandó a un judío que lo examinara, y el judío se dió tal maña, que lo desbarató, no volviendo a funcionar hasta la fecha.

Por lo demás, de los
palacios de la Galiana
no restan sino algunos
arcos, no suficientes para
dar idea de su forma
primitiva. En la cocina
de una de las casas que,
aprovechando sus paredes,
se han formado, se ve un
precioso arco, que no parece
anterior al último período
de la arquitectura sarraceno.
Dudoso es que Alfahri o Gala-
fre edificara este palacio; pues
que en su efímero reinado
apenas tuvo tiempo para
defenderse de su legítimo
dueño el Califa de Córdo-
ba. Pero la imaginación
se complace en colocar
en aquellos recintos, hoy
humedos y destrozados,

M.C.D.2020

las sombras de Carlo-
Magno y Bradamante,
tan caballero y valeroso
aquel, como este impertí-
nente y pretulante.

La época más flo-
reciente para la ciudad
durante los trescientos se-
senta años que estuvo en
poder de los Moros es la
de Alimaimón, llamado
vulgarmente Almamún.
A su corte vino, pidiendo
hospitalidad, Alfonso VI, el
que después habría de con-
quistarla. Las disensiones
a que dió lugar el impru-
dente testamento de Fernan-
do I, encendió en Castilla
y León una guerra que no
terminó, como es sabido, sino
con el asesinato de D. Sancho

M.C.D.2020

junto a los muros de Zamora. Alfonso, huyendo de su hermano, se acogió a la corte de Almamun, y allí le vemos según el testimonio de todas las crónicas, enlazado con sincera amistad al Monarca musulmán.

En Toledo estaba Alfonso,
hijo del Rey Don Fernando,
huido está por el miedo
del Rey D. Sancho su hermano.
Acogiole Alimaimon,
que Toledo es su reinado.
Mucho quiere a D. Alfonso:
de moros es estimado

La amistad del rey toledano, y del que después conquistó la ciudad, es cosa cierta. Además consta que Almamun le dió a Brihuega para que residiera con los que le

habian acompañado. 85

La residencia del príncipe castellano en Toledo ha dado origen a otra leyenda que explica la causa de ser llamado D. Alfonso el de la mano horadada.

Almamun y su huesped visitaron un dia las murallas, las fortificaciones, las torres de aquella ciudad, justamente tenida entonces por inexpugnable. Al volver al palacio, Alfonso, rindiéndose a la fatiga, se acuesta. El Moro quedó departiendo con los suyos sobre la excursión que acababa de hacer. — ¡Qué fuerte es Toledo! decia uno, — Todos los ejércitos del mundo no lo tomarian — decia otro. De un modo se puede tomar — exclamó un tercero; — Y es cercándola por hambre; porque con siete meses sin trigo, la ciudad se rinde. — En esto advierten que

Alfonso duerme muy cerca de allí, y sospechan que, fingiendo el sueño, habrá escuchado toda la conversación y sabrá el modo de ganar a Toledo. En efecto, Alfonso no dormía. Para saber si el príncipe velaba fingiendo, uno de los moros concibe un ingenioso ardid, que consiste en echarle plomo derretido en la mano; y lo dicen muy alto para ver si el cristiano al oír el martirio que le preparan rompe el disimulo y manifiesta, protestando contra tal barbaridad, que no dormía. Pero Alfonso no chista, y sólo da un grito y finge un súbito despertar cuando el plomo hirviente taladra su mano. Así les hizo creer que dormía, y que no había escuchado la pliegosa conversación, pues los moros tenían resuelto matarle si adquirían la certidumbre de que

M.C.D.2020

había oído sus palabras.

Así lo cuenta un viejo romance. Pero ¿será preciso advertir que el calificativo de el de la mano horadada se dió a don Alfonso para expresar sus larguezas y prodigalidad; para indicar que era lo que llamamos hoy un manirroto?.

Retrocediendo un poco, hagamos en compañía del rey moro y su ilustre huesped la visita de esas estupendas murallas y fortísimas puertas.

La primera que hemos de ver es la Puerta del Sol, que hoy puede ser apreciada en toda su belleza, gracias a una inteligente restauración. Este monumento indica una tentativa de los artistas árabes para llegar al completo dominio del estilo que les es peculiar. En esta puerta aparecen, aunque tímidamente aún y sin la sol-

M.C.D.2020

tura y belleza que ~~después~~ más tarde les
dió el más brillante desarrollo,
los arcos entrelazados, y los arcos ~~quin~~
~~que~~ quinquefoliados, que después
aparecen con una profusión exuberante
en las construcciones andaluzas. A pe-
sar de que la puerta es bastante
maciza, indicando una gran soli-
dez, la ingeniosa aplicación de
un arco simulado sobre el de
la entrada, le dá singular esbeltez
y ligereza. Sus barbacanas, balco-
nes y troneras son más propios de
un palacio que de una fortaleza, lo
cual hace creer que fué restaura-
da o construida de nueva planta
después de la conquista; pues sólo
la puerta de Visagra, con su sencilla
y ruda forma, con su aspecto de
construcción puramente útil y de
aplicación a la guerra, parece
ser la única que se conserva

M.C.D.2020

intacta desde los tiempos del 112
reino musulmán.

89

Bajando a ella podemos recorrer la vasta línea de las murallas, que los árabes encontraron, restaurándolas y haciéndolas más seguras. Partiendo de dicha puerta hacia Occidente, encontramos la de Almaguera (entre el Nuncio y la Diputación), hoy tapiada. Entre ésta y la del Sol corre un trozo de muralla llamado Azor (frente al callejón del Azor), que guarnece la parte más alta de la ciudad. Más allá de la Almaguera está el torreón de los Abades, junto al cual estuvo la puerta a la que ha sustituido la actual del Cambrón, más allá el torreón llamado el baño de la Cava y el puente de San Martín. Siguiendo la orilla del río, fortificada entonces también, hallamos la puerta de Los Hierros o de Adalabaquin, en el barrio de los Tintes,

M.C.D.2020

y más allá por debajo del Alcázar, la puerta de Doce cantos. No lejos de ésta la famosa puerta de Alcántara, construida entonces más hacia el Sur. Desde aquí se desvía del Tajo la línea de fortificaciones, y se dirige de Oriente a Occidente hasta debajo del Miradero, donde está la puerta de Perpiñán, y de aquí describe un ancho círculo para ir a unirse a la puerta Visagra, de donde partimos.

Dentro de este vasto recinto encontrais las calles abruptas, las casas sombrías en que se ha querido por una especie de hipocresía disimular la suntuosidad y el lujo del interior con la sencillez y severidad de las fachadas. En esta aglomeración

confusa de casas se destacan las altas paredes de algunos palacios, y las torres de muchas mezquitas, que no hay que confundir con estas torres muzárabes que hoy vemos, y son obra de otra generación. Las iglesias latinas son aún de más humilde aspecto que las de los Arabes, y únicamente Santa Leocadia, sola en la dilatada vega, en el centro de un melancólico paisaje que tiene por fondo los cigarrales, y por adorno el río, menos lóbrego y terrible allí que en la parte oriental, ofrece algun encanto a la vista, produciendo en el espíritu una sensación de agradable paz y dulce tristeza.

En el recinto de la ciudad, que entonces como hoy tiene la apariencia de una colmena, bulle y se agita un pueblo, que a su paso por esta tierra nos dejó muestras admirables de su elevado espíritu. Apenas le han permitido entregarse a las contemplaciones propias de su exaltado temperamento las continuas luchas de sus sojuzgados y corrompidos Walis. Parece, según se agita, que no se siente dueño de la tierra que pisa, ni de aquel laberinto de habitaciones y callejuelas que la formaron como para ocultarse a sus propias miradas. Desde que estuve allí el de la mano horadada, un presentimiento terrible

se ha apoderado de la mente del pueblo agareno; que oye siempre de boca de sus alfaquíes los más siniestros augurios respecto a la hospitalidad de aquel jóven fugitivo, que antes era príncipe perseguido y ahora Rey de Castilla y de León, después del famoso juramento de Santa Gadea.

Los Arabes han oido contar maravillas de aquel pequeño ~~reino~~ reino de Asturias, fundado por un visigodo. Saben que ese pequeño reino se ha ido ensanchando poco a poco en tres siglos de lucha, que ya abarca la tierra de León y la de Castilla; que ha pasado el Duero; que viene con sus ejércitos de héroes y

sus cruces invasoras. Los mahometanos sienten mermado cada día el suelo que pisan; y a todas horas, en los corrillos se hace saber y en las encrucijadas se da alcance, oye contar las empresas fabulosas de un joven, a quien llaman el Cid, ya vencedor en Montes de Oca.

Allí vive también otro pueblo que oculta sus lágrimas en la obscuridad de Santa María de Alficén y en la modesta nave de Santa Justa. Este pueblo llamado mozárabe, siente en el suelo las pisadas de los caballos castellanos, que ya rodean el Pinerga, pasan el Guadarrama y se extienden por la gran cuenca del Tajo, hasta que en un día de Mayo del

año 1085, todos los habitantes de Toledo, cristianos y musulmes, están en la muralla de Occidente, en la muralla de Azoz y en todo el espacio que media entre la puerta del Sol y la puerta de los Abades (donde hoy está la del Cambrón). Están mudos de ansiedad y sobresalto: se entienden sólo con miradas y señalan la línea del horizonte, donde se ve algo que espanta. Es que allá, a lo lejos, brillan las armaduras de los Astures y Leoneses, y se eleva en el horizonte, formando la más siniestra nube, el polvo que levantan los caballos del gran Alfonso VI.

IV

El 25 de aquel mes entró

el rey cristiano en Toledo con todo su ejército por la puerta vieja de Visagra. Suben la cuesta que conduce a lo alto de la ciudad, y al llegar frente al Cristo de la Luz, el caballo del Cid, el famoso Babieca, se para y se arrodilla. No hay fuerzas humanas que le hagan pasar de allí.

Todos se asombran y advirtiendo que hay allí una iglesia, el Rey manda que se detenga la comitiva y que se diga allí la primera misa. Así se hace, y queda la iglesia consagrada. El Rey, en memoria del suceso, cuelga su escudo en la clave del arco del santuario, donde está todavía. Ya Toledo es cristiana

y castellana Sahyr, su último Rey, se ha refugiado en Valencia. La dominación musulmana ha recibido un golpe de muerte, porque ha perdido la llave de la comarca carpetana y la plaza más importante del centro de la Península. Con este importante suceso, la total expulsión de los Arabes no hubiera tardado tres siglos más si los turbulentos reinados de D. Pedro, de Don Juan II, y de Enrique IV no hubieran quebrantado las fuerzas de la Nación.

En el órden político todo ha cambiado. Pero en las costumbres la transformación no es muy grande, porque los dos pueblos siguen hermanados por algun tiempo, prolongando hasta las épocas de la intolerancia aquella

coexistencia de Mozárabes y Sarracenos, que caracteriza los cuatro siglos del Imperio musulmán en Toledo. El arte Arabe sigue después de 1085 su natural desarrollo, como si aún continuaran las medias lunas tremolando sobre la augusta ciudad, y en los siglos XII y XIII produce en ella, como en Granada y Sevilla, sus más bellas obras.

De modo que, para el arte, el período secundario de los monumentos de Toledo, lejos de concluir con la victoria de Alfonso, principia a contemplarse entonces; y a tomar el carácter propio que le lleva después a su más glorioso apogeo.

Veamos ahora lo que hizo

aquí ese buen rey de la mano horadada. Alfonso VI era un leal caballero. Educado en la desgracia, fortalecido con la experiencia que en las disensiones de su familia había adquirido, sacó también de su amistad con Almamun, muchas nociones de los afectos humanos, y no echó en saco roto la lección de lealtad que le dió el Cid sobre el cerrojo de Santa Gadea. Su natural bondad y el conocimiento de las cosas de la vida le indujeron a ser tolerante con los vencidos: así es que siempre estuvo dispuesto a acatar las estipulaciones que se hicieron al ser entregada la ciudad. Según éstas, los Cristianos quedarían celebrando el culto me-

M.C.D.2020

tropolitano de Santa María de Alficen, y la mezquita quedaría en poder de los Moros para que celebraran en ella su culto. Al rey le dieron los Palacios de Galiana, la huerta del rey, las puertas, murallas y fortalezas de la ciudad.

Negocios urgentes llamaron a Alfonso a León, y dejó encargado el gobierno de Toledo a su esposa Doña Constanza y al Arzobispo recien nombrado, Don Bernardo, monje benedictino que había venido de Francia a España para reformar la Orden, y era anteriormente abad de Sahagún.

Cuando se vieron solos la reina y el prelado, cayeron en la cuenta de que era aferrado

que los Moros tuvieran la
principal iglesia de la ciudad
y practicaran en ella su culto,
con escándalo de los dominado-
res cristianos. No se pararon
en que el rey había dado su pa-
labra formal de hacer cumplir
las estipulaciones; y las promesas
de Alfonso eran sagradas. Pero
la reina, aunque mujer fuerte,
era blandísima devota, y el
abad, aunque de recto corazón,
era intransigente y duro. Ambos
se escandalizaron, y resolvieron
quebrantar el juramento del
rey.

Oigamos como refiere su
diálogo un antiquísimo roman-
ce:

Don Bernardo, ¿qué hacemos?
que la conciencia me agrava
de ver mezquita de moros

la que fué iglesia santa,
donde la Reina del Cielo
solía ser muy honrada.
Cuando esto oyó el Arzobispo,
de rodillas se hincaba,
alzó los ojos al cielo,
las manos puestas hablaba:
—Gracias doy a Jesucristo
y a su Madre Virgen Santa,
que salís, Reina, al camino
de lo que yo deseaba.
Quitémosela a los Moros
antes hoy que no mañana;
no dejéis el bien eterno
por la temporal palabra.
Dicho y hecho. Aquella noche convocaron al pueblo; el ejército se apoderó de la mezquita, echaron a los Moros, pusieron altares, y en la torre una campana para tocar a misa.

Los Arabes, viéndose heridos

en su orgullo y ofendida su pie-
dad, se alarmaron de tal modo,
que su actitud causó gran susto
a todo el pueblo en aquellos días.
Gritaban y recorrían armados las
calles pidiendo justicia; amena-
zaban, increpaban a D. Ber-
nardo, y por fin se resol-
vieron a mandar un emisario
a D. Alfonso, que a la sazón
estaba en Sahagún. Este, al ver
violada la estipulación que ha-
bía jurado cumplir, se enfu-
reció de tal modo, que la cró-
nica dice al referirlo! "É tan
sabiosamente vino, que en tres días
llegó de Sant-Fagund a Toledo
e era su voluntad poner fuego
a la Bezma y al electo D. Ber-
nardo, porque quebrantaron la
su fe é postura."

¡Qué algazara se armo en

la ciudad cuando supieron que venía!. Todos creen llegada su última hora, porque saben quien es aquel gran caballero y saben lo que es capaz de hacer cuando se ve lastimado su honor. La reina no sabe a qué santo encomendarse: Don Bernardo se abalanza y acobarda, y todos se figuran al rey dispuesto a ejecutar al pié de la letra aquello de poner fuego a la Reina y al electo Obispo.

Entre tanto los Arabes, conociendo que el rey trae intención de hacerles justicia, resolvieron ceder y aconsejados por un Alfaqui, hombre sabio, astuto y sin duda muy práctico, determinaron dejar que la mezquita continuara en poder de los cristianos.

M.C.D.2020

Pero esta resolución fué secreta. Los castellanos, la reina y el prelado, que ignoraban esta resolución no sabian que hacer para desenojar al rey, y ordenaron, para salirle al encuentro, una procesión en que desfilaron clérigos, abades, monjes y nobles, la reina compungida y el duniense corrido y en extremo temeroso.

El rey, luego que vió las dos embajadas de Castellanos y Moros, se decide por éstos, y les dice que fará una venganza que será para siempre sonada en todo el mundo. Arrodíllanse los culpables, y entonces el Alfaquí se adelanta, toma la palabra y pronuncia el más ponposo discurso conciliatorio que jamás ha arre

glavo contienda humanas. Los
Moros, satisfechos con la actitud
de Alfonso, decidido a hacerles
cumplida justicia, consienten
en dejar la mezquita a los cris-
tianos. Todos se alegran. Los
dominadores se han salido con
la suya: pero el enojo del so-
berano les humilla. Los otros,
quedándose sin iglesia, salen
moralmente mejor librados.

Imposible es pintar la
gratitud, la admiración, el entusiasmo
que excitó aquel Alfaquí, tan prudente
como previsor. ¿Sabeis como le demostró
su gratitud la posteridad, que supo
guardar con veneración la memoria
de tan gran servicio? Erigiéndole
una estatua en el sitio más hon-
roso de la Catedral levantada después,
en el santuario donde con el humil-
de pastor de las Navas acompaña los

M.C.D.2020

grandiosos sarcófagos de los Reyes viejos. En este original ex-voto, hay una sencillez encantadora, que pinta mejor que nada, la pureza de sentimientos de aquella época.

No terminaremos la relación de este suceso, sin advertir, que el primer acto de intolerancia religiosa, que tanto nos echan en ~~cara~~ cara los extranjeros, y a veces con razón, fué cometido por dos franceses, por una reina devota y un fraile terco.

Cuando en aquellos mismos días ocurrió la desidencia sobre cuál de los ritos había de usarse en lo sucesivo en la iglesia toledana, mostró de nuevo Don. Bernardo su gran tenacidad. Sometida la cuestión al juicio de Dios (1), primero en un combate, y después arrojando los dos misales

(1) Un tal Juan Ruiz de Matanza peleó por el rito mozárabe y ganó.

M.C.D.2020

a las llamas, venció el mozárabe; pero Don. Bernardo quería a toda costa la adopción del romano, y por último, con gran trabajo del rey y de todos los toledanos, se conservó el antiguo rito godo en las seis parroquias que estuvieron abiertas al culto durante la dominación ~~También~~ sarracena.

También se dice del cluniense, que quiso ir a las Cruzadas, porque era tan osado caballero como enérgico prelado; y sólo las súplicas de su clero pudieron hacerle desistir de tal proyecto guardando toda su bravura para los tiempos en que, atacada Toledo por los almoravides, defendió como un héroe el torreón de los Abades; aunque según dicen las tradiciones, fué con la cooperación de San Miguel, que se apareció como llovido en aquellos muros. El insigne

M.C.D.2020

obispo murió en olor de santidad. Doña Constanza concluyó en Toledo su vida, y allí fué herido en el alma Don Alfonso por la infausta muerte de su hijo más querido, acaecida en Uclés.

En su reinado se empezó a construir el Alcázar, se repararon los muros de la línea de tierra; y entonces adquirió nuevo brillo la ciudad ilustre; recibiendo los elementos de su futura prosperidad, al acogerse en ella muchos nobilísimos caballeros, venidos de todas las tierras, descollando entre ellos el progenitor de la casa de los Toledos, Don Esteban Illan, a quien suponen oriundo de Grecia y pariente de los Paleólogos.

Sigamos examinando la maravillosa yuxtaposición que formó la segunda capa monumental de la antigua metrópoli.

M.C.D.2020

Ahora vemos aparecer otro de sus más curiosos monumentos, el castillo de San Servando, situado frente al puente de Alcántara, en el cerro opuesto a la ciudad. Alfonso fundó en aquél sitio un monasterio de Cluny: y, ya fuera para defenderse de la ciudad, o para custodia de los pobres monjes, edificó aquella fortaleza, cuyos imponentes muros, despedazados e informes hoy, presentan durante la noche la más espantable perspectiva.

Pero este castillo de San Servando, vulgarmente llamado de San Cervantes, nació con mala estrella. Su historia es una serie de desgracias; pero como ciertos veteranos que han asistido a todas las derrotas, considera glorioso sus más ruidosos desastres.

M.C.D.2020

Apenas concluido, ocurrió la intentona de los almorávides. Estos se dirigen a Toledo y atacan el flamante castillo, despiden a los monjes recien instalados y queman el monte. Desde entonces, los frailes no quisieron más cuentas con Portalegre y se fueron para no volver. Pero San Servando sufrió después otro cerco, y más tarde otro, hasta que ocupado por los templarios, pudo detener con éxito las tentativas de la morisma, llegando a ser defensa y principal baluarte de la ciudad.

Volvamos ahora a la parte occidental de la ciudad, donde tienen los Israelitas su populoso barrio y su célebre sinagoga, llamada Santa María la Blanca. El Hebreo no tiene arte, porque

M.C.D.2020

no tiene territorio. Extranjero, en todas partes se ve obligado a adoptar el arte de sus huéspedes, y si deja muchas huellas de su paso en las naciones donde se establece, también recibe muchas de ellas. Así es, que la sinagoga que hicieron en Toledo, es un edificio árabe, que, en su forma general y en sus accidentes, demuestra la aspiración de aquellos arquitectos a entrar en el pleno dominio del estilo que les es peculiar. Cuando se construyó (probablemente hacia 1.100), existían aún las primitivas basílicas de los siete primeros siglos, y las tomaron por modelo en la disposición general del interior. Este templo no tiene ya nada de común con la Aljama cordobesa, ni con el Cristo de la Luz, en que se desarrollan las formas del edificio en un sistema cua-

M.C.D.2020

drangular, existiendo una gran simetría entre los cortes de latitud y longitud. Aquí la forma es longitudinal, como en las basílicas latinas: pero ampliada la antigua disposición, por ser ahora de cinco naves en vez de una o tres. Estas naves, engendradas por un simple arco de herradura, se desarrollan en un solo sentido, sin haber aquél cruzamiento que hace de las plantas de los monumentos arábigo-bizantinos una verdadera cuadrícula. El techo completa esta forma extendiéndose como una pieza, por todo lo largo de la nave, sin tener más divisiones que las de su propia contextura.

Ceuta gruesas columnas, no ya sacadas de escombros romanos, sino originales y características, sostienen veintiocho arcos,

M.C.D.2020

repartidos en cuatro series paralelas.

Estos arcos son de una sutileza incomparable, porque el espacio que media entre los diámetros de los círculos que los forman, es mucho menor que el grueso de las columnas. De este espacio, en que está la conjunción de los estribos, parten las líneas que engendran en una airosa curva las treinta enjutas adornadas con un elegante rosetón y unas labores llenas de gracia y sencillez. Sobre esta arquería corre un entrepaño, dividido en casetones de distinto tamaño, según caen sobre la columna o sobre el arco; y encima del entrepaño se extiende una serie de arcos trebolados de cinco herraduras, que aunque aparecen hoy sin luz, debieron

M.C.D.2020

estar abiertos antiguamente (1198)
para iluminar la nave. El
techo es una primorosa obra
de carpintería, primer ensayo
de aquél arte tan fastuoso como
bello, que después había de crear
el techo del Tránsito.

Considerando la sina-
goga cuando la injuria de los
tiempos y el desdén de los hom-
bres no lo habían maltratado, de-
bía ser extraordinariamente esplén-
dido y pintoresco el interior de
aquella nave, iluminada por los
altos ajimeces, nave resplande-
ciente y misteriosa a la vez,
por el reflejo de sus alharacas,
y la acertada disposición de
todas las líneas, por la uni-
formidad que en ella reina, sien-
do al mismo tiempo variada

M.C.D.2020

y multiforme, sin las complicaciones y confusos laberintos que hacen del último período del arte árabe un sorprendente delirio.

Ocurre comparar este edificio de principios del siglo XII con las construcciones románicas que extendidas ya por Asturias y León, lo mismo que por Francia y el Rhin, comenzaban a apuntar entonces la transición a la ojiva, dando origen al maravilloso arte del siglo XIII. La sinagoga de Toledo es más bella, más ligera que los edificios románicos, todavía no desposeídos de la pesadez que conservaban de su bárbaro origen. ~~La arquitectura~~ La arquitectura sarracena indicaba a principios de aquél siglo mayor grado de cultura, una perfección más pura de las formas abso-

lutas, más corrección y más ingenio que las obras del Norte, contemporáneas suyas. Para encontrar igual grado de perfección en el estilo ~~ogival~~ ogival, es preciso seguirlo en su desarrollo hasta mitad del siglo siguiente.

Desde la creación de Santa María, el arte sarraceno entra en el período de su apogeo. Tal era la fuerza de su genio, tal la impresión que sus bellas y originales formas produjeron en la mente del pueblo, que siguió en su desenvolvimiento sin ser afectado por las influencias del Norte que ya lo habían invadido todo, hasta la misma Italia; se mantuvo con vida propia apesar de la implantación en su suelo de la arquitectura ogival, luchó con esto largo tiempo sin ser vencido, ni vencerla tampoco; y solo espiró cuando el

Renacimiento vino a destruir con el empuje de un vándalo y la fuerza propia de las nuevas ideas, todas las obras del romanticismo, lo mismo aquellas de origen meridional y semítico, que las septentrionales y germánicas.

La ciudad comienza a recibir ahora grandes modificaciones. Sus antiguas basílicas van cayendo en todo el siglo decimonono, como cayó el rito godo; se restauraron algunos edificios y se levanta la primer torre mudéjar, la torre de San Román. Los templarios habitan el viejo palacio llamado del Temple, y ocupan el castillo de San Servando.

Llega el siglo XIII, y entonces ocurre un suceso importantísimo en la historia de la ciudad. Un hombre oscuro,

M.C.D.2020

un tal Pedro Pérez, 119 cuyo nombre no figura en ningún catálogo de artistas, ha derribado la antigua mezquita, y una vez limpio el solar, ha trazado allí un espacio de 400 pies de largo por 200 de ancho, fundado después los cimientos de ochenta y ocho gruesos pilares. Solemne y grandiosa es la ceremonia de la colocación de la primera piedra. Un joven, un caballero andante, que sueña con oscurecer la fama de sus mayores con la fama de sus hazañas, y conquistar al moro más reinos que el Cid y Alfonso VIII; enardecido al mismo tiempo por el más vehemente sentimiento cristiano; uno de los espíritus más elevados de su época, heredero de las altas dotes de ánimo de su madre, hombre de recto carácter y pecho viril, San Fernando, pre-

M.C.D.2020

sido el acto solemne y puesta
la primera piedra. Bendícela
otro hombre ilustre, sabio y ge-
neroso a la vez, santo varón al
par que hidalgo caballero, Don Rodrigo
Jiménez de Rada, que lo mismo
ha brillado por su valor en las Navas
de Tolosa, que por su elocuencia en
el Concilio Lateranense, autor de la
primera Historia de España y
persona de imperecedero recuerdo
por su bondad extremada y ejem-
plares virtudes.

Fernando parte llevado
de su generoso ardor, a conquistar
a Jaén, Córdoba y Sevilla, el arzo-
bispo permanece allí para dar im-
pulso a los trabajos de aquella obra
colosal. Entre tanto se ve en las
vecinas canteras de Olíguelas un
enjambre de trabajadores sacando
y cortando piedra. Acá la construcción

M.C.D.2020

va alzándose poco a poco y alrededor de los ochenta pilares se ve apiñada en enormes y complicados cadahalsos la muchedumbre de alarifes, maestros, albañiles y aparejadores que trabajan infatigables, con el ardor del que realiza una obra santa; creyéndose instrumentos de Dios, orgullosos de realizar la más grandiosa obra de piedad, y de verificar con su arte y su entusiasmo la petrificación de la fé de aquellos tiempos.

El edificio sube, sube ansioso de tocar su remate y cerrarse en sus agudas bóvedas; va extendiéndose y alargando los haces de columnas que han de doblarse después con la docilidad de las hojas de palmera. Pero ¡qué extraño parece este edificio en medio de una ciudad toda arábiga, donde todas las construcciones,

M.C.D.2020

desde el más suntuoso palacio hasta la más humilde choza son de ladrillo, donde todas las formas están modeladas en el estuco, y donde la desnudez del material se cubre siempre con las decoraciones policromadas, con el oro y el masáico. Los artistas mudéjares se agrupan curiosos junto a los ochenta y ocho frisos que levanta el ingenioso y desconocido Pedro Pérez. Apenas pueden comprender aquella fabricación de piedra franca, tan sólida, tan macizo, y no adivinan que va a ser la más sutil y más aérea.

Ya hemos dicho que la arquitectura ogival no tenía hasta entonces ningún precedente en el suelo toledano. Allí no se encuentran construcciones románicas

nical, ni nada que pueda ~~ser~~ ser elemento generador y primera fase de la forma ojival. Esta vino implantada: trajeróla ya hecha, formada ya, y con toda su magnificencia y esplendor. Así es que no podía dejar de ser una planta exótica, allí donde la arquitectura sarracena, impresionando a todos, había echado tan profundas raices, y dominaba sin rival.

Los mozárabes vieron con estupor en todo aquél siglo, aquella fábrica prodigiosa que subia más y era superior a todos los portentos que sus padres les habian contado de la ciudad de Córdoba. Vieron elevarse aquella multitud de columnas que parecian no concluir nunca; y cuando tocando a su fin,

M.C.D.2020

llegando, por decirlo así, al período de su madurez, aquellos haces de fallos se habrían, esparciéndose para engendrar la bóveda, se llenaron de sorpresa los pobres alarifes, al considerar que podía ser tan dócil la piedra y podía ser esculpida como el estuco; que los techos se hacían con piedras entrelazadas, contra-apoyadas, formando una red de aristas, una armazón semejante a la que ellos hacían con la madera.

Pero apesar de esta sorpresa, el arte árabe continuó mucho tiempo sin contaminarse, utilizando sus elementos propios, reducido el círculo que antes tenía. En los pueblos meridionales, y especialmente

en el árabe, la costumbre tiene una fuerza invencible. La rutina hizo que aquel especialísimo modo de construir no espirara hasta que el Renacimiento lo invadió todo, verificando la más completa transformación. Mientras ésto no sucedió, el arte ogival, apesar de su superioridad incontestable y del adelanto que representa en la manera de construir, aquel arte prepotente, venido de León, Burgos, y Oviedo, donde había creado tantas maravillas, no pudo destronar lo que los musulmanes habían dejado en su ciudad favorita, estereotipándolo por la fuerza de su genio en la mente del pueblo.

La Catedral continuó creciendo en todo el siglo XIII; pero

aunque el cabildo era rico y disponía de todos los recursos de su época, la obra no pudo ser apreciada en su forma general hasta fines del siglo. Veremos después si la Catedral influyó algo en las obras de los naturales de Toledo, o si en cambio, no pudiendo resistir la influencia local, y trabajando en ella los alarifes, se contaminó a su vez. Pero hasta el siglo XIV no pudo la portentosa obra ostentarse en toda su belleza; porque estas colosales petrificaciones del genio de la Edad Media, estas enormes catedrales tan generales, tan múltiples, tan complejas, necesitan como las capas geológicas, siglos enteros de lenta y perpétua elaboración.

M.C.D.2020

127

— VI —

Muerto Pedro Pérez en 1275, la fábrica continuó dirigida por otros maestros cuyos nombres se ignoran; y sólo a fines del siglo XIV se sabe que la dirigía Alvar Gómez, predecesor de Egas y Juan Guas, que la dieron por terminada en los mismos años en que el Renacimiento comenzaba a invadirlo todo.

Reinando Don Alfonso el Sabio, que había nacido en Toledo y dejó allí recuerdos imperecederos, la ciudad recibe algunas modificaciones. El Rey habitó mucho tiempo los Palacios de Galiana, donde en unión con los rabinos toledanos, compuso el famoso saber de astronomía. He aquí convertidos en observatorios aquellos famosos recintos donde estaba el incomprensible oroloxio,

sitio que la literatura caballeresca convirtió en retablo de Maese Pedro para mirar en él las figurillas de Galiana, Carlo-Magno y el feroz Bradamante. El noble destino que la permanencia en ellos de Don Alfonso les dió, no les ha salvado de llegar a ser uno de los más desapacibles lugares que pueden verse. ¡Cuantas generaciones han habitado en él!. Para que fuera más rica su historia, era preciso que el Rey melancólico y desventurado, llorara allí la ingratitud de su hijo y las congojas que la Corona de Alemania le causó.

En este tiempo, la basílica de Santa Leocadia, que conocemos desde hace seis siglos, experimenta una modificación radical. Es la última basílica latina que quedaba; pero al construirla

M.C.D.2020

como hoy está, los arquitectos conservaron su forma general primitiva, empleándola también en Santiago del Arrabal, casi coetáneo. Santa Leocadia es edificada de nueva planta, y en esta segunda forma se conserva la disposición antigua, adoptando el ábside circular, que la influencia arábiga decora con tres series de arcos de ladrillo, de un hermoso carácter bizantino. En Toledo abundan mucho estos ábsides, aunque algunos han sido cubiertos de una espesa capa de yeso o bárbaramente mutilados por los arquitectos del siglo pasado, que han dejado en la antigua ciudad huellas harto tristes de su pedantesco dogmatismo.

Ahora Santa Leocadia nos presenta otra tradición que,

~~que~~ comparada con la que
anteriormente referimos, nos
manifiesta cuanto ha cambiado
en seis siglos el sentimiento
popular. Aquella enteramente
mística, concuerda bien con
el espíritu de los primeros tiem-
pos de la civilización cristiana,
cuando no concluida aún la
elaboración de las creencias, apa-
rece contínuamente la inter-
vención divina en todos los
problemas que se plantean en
este bajo mundo: pertenece a
la época del milagro, a la
época de la formación de esa
gran comunidad que se au-
menta cada día con miles de
adeptos, a quienes sorprende
lo bello de la doctrina y los
hechos maravillosos que
su práctica produce. La

segunda tradición es más
humana; mejor dicho, pura-
mente humana; porque perte-
nece a la época en que la gran
comunidad está formada, y el
hombre, ya tranquilo en lo que
concierne a sus relaciones con
Dios, se ocupa en arreglar sus
asuntos mundanos, en diri-
mir sus querellas: pertenece
a los tiempos de las luchas
de los hombres, tiempos de-
terminados por la aparición de
un sentimiento que desde
entonces se apoderó del corazón
humano subyugándolo con
extraordinaria fuerza: el senti-
miento del honor.

La iglesia citada im-
presionó sobremanera las ima-
ginaciones populares. La edad
caballeresca no podía menos

de referir a aquél sitio 132 115
algunas de sus leyendas, como
la que sirve de explicación
a la extraña [illegible] actitud
del Cristo que allí se venera. Cuen-
tan que un caballero dió palabra
de matrimonio a una joven to-
ledana. Ella era pobre, él hidalgo
de ejecutoria; y como suele suceder
en semejantes casos, los hombres,
máxime si son de más elevada
cuna que las doncellas, no ponen
el mayor cuidado en cumplir ju-
ramentos hechos tal vez cuando
la mente no tiene serenidad su-
ficiente para medir la gravedad
de las palabras. Pero esta vez el
galán dió la suya ante el
Cristo que en las puertas de
la iglesia estaba, y la doncella
lo puso por testigo, después de
lo cual creyó sin duda que

la fortaleza de su honor había (116
adquirido el más celoso alcaide. Pasa
el tiempo y llega el instante en
que fué preciso cumplir la
promesa. El hombre se resis-
te: ella no sabe que partido
tomar, porque el único testi-
go es un Cristo de palo de quien
no es razonable, ni aun en
plena edad media, esperar una
declaración y una firma. Ella,
sin embargo, llega llena de
fé y angustia, lleva a su
amante en presencia del Cristo,
y pregunta a la divina ima-
gen, si no es cierto que aquél pér-
fido novio le dió palabra de
casamiento. El Cristo entonces
baja el brazo derecho en señal de
asentimiento. El joven lleno de
estupor y miedo cumple su palabra
y todo queda arreglado. El Cristo
conservó inclinado el brazo

M.C.D.2020

derecho y hoy llama la atención de todos por esta rara actitud, que no tiene ninguna explicación racional.

El milagro, que es cosa esencial en todas las religiones positivas, aparece con toda su fuerza, en las épocas de propaganda, y los libros santos le usan como principal elemento de convicción. Cuando la propaganda es menor, porque la creencia se ha extendido y tiene pocos infieles que catequizar, vemos al milagro refugiarse en cosas más mundanas; y la edad media con sus costumbres rudas, sus groseros errores, su crasa ignorancia científica, su fé y su sencillez, le ofrece ancho campo, le acoge y explota. Entonces se apodera de la literatura

caballeresca, que por su índole especial necesita un excesivo uso de lo maravilloso: se difunden por Occidente los cuentos orientales, que usan tambien lo maravilloso, aunque más bien como un recurso apologético, y entonces el mundo se plaga de leyendas, en que las divinidades cristianas mezcladas en profano maridaje con las divinidades de origen oriental, tales como magos, sibilas, genios, gigantes, cachidiablos, grifos, parlantes, y encantadores, intervienen en los asuntos de los hombres, en sus contiendas, en sus luchas, y especialmente en todos aquellos accidentes a que da lugar una falsa noción del honor.

El milagro hace poco papel en el Renacimiento,

iluminado por el buen sentido de la antigüedad; languidece después, para venir a morir en nuestros días sin probabilidades de volver a preocupar al mundo. La leyenda que hemos referido con su intervención divina, con su Cristo ex-machina, es una buena muestra del estado de las conciencias en aquella época; en ella vemos sancionado el principio del honor por el testimonio de la divinidad cristiana, juez inmediato de las contiendas de los hombres, que ya no se contentan con referir a un juicio ulterior los hechos de la vida, sino que traen aquí abajo aquel tribunal augusto a fin de establecer mejor la jurisprudencia del decoro femenino, cuya noción, enaltecida después por todos los

M.C.D.2020

poetas, y llevada a un extremo de susceptibilidad exquisita, fué importantísima para la perfección de las costumbres y la honradez de las familias.

Volvamos a la catedral, que ya presenta un extraño fenómeno a la admiración de los muzárabes. Ellos vieron allí a los ochenta años de comenzada la obra una cosa rara, inusitada, en la Puerta del Niño Perdido o de la Feria, que es la primera que se construyó; vieron una cosa de que no tenían idea, la escultura aplicada a la arquitectura. Ellos no conocían para la ornamentación de los edificios más que los colores, el mosáico, la pintura y los adornos geométricos en que han hecho tantas maravillas: cuando más, usaban alguna decoración de flores, hojas

M.C.D.2020

o conchas aplastadas de muy
rara forma, tomadas de los
bizantinos; conocían los labe-
rintos de fajas y rayas que a
la vista oscilan, moviéndose como
el espejismo de un delirio, y
usaban también los almoca-
rabes, parodia de los arcantos
greco-romano y del anti-
guo capitel, que abriéndose
paso ha recorrido todas las
generaciones monumentales.
¡Cuan grande sería, pues, su sor-
presa cuando vieron aquella mu-
chedumbre de figurinas que pu-
sieron los sucesores de Pedro Pérez
en la Puerta del Niño Perdido,
un pueblo entero de pequeñas
estatuas, colocadas en las tres
órdenes concéntricas como están
los bien aventurados colocados
en los cielos que inventó la

M.C.D.2020

M.C.D.2020

procesia teologica de aquel tiempo. Vieron con estupor aquellas tres series de pequeños troncos, cada uno con su estátua y su zoclete, que eran como la miniatura de una torre; y estas series, doblándose en la direccion de la ojiva, para abarcar el timpano, sobre otro engastado de cuerpos humanos, representan allí, colocados en fila, los de los pasajes más conocidos del Nuevo Testamento. Al mismo tiempo no podian menos de contemplar con igual sorpresa la espléndida vegetacion que empezaba a desarrollarse en aquellas grietas, rotadas, al parecer, de toda la potencia generadora de la madre tierra;

M.C.D.2020

vieron los tréboles, tímidos aún y poco frondosos, las escarolas aún chatas y poco desarrolladas, y junto a ellas, los animalejos inverosímiles que empiezan a criarse en los huecos de todas las flores. Ellos no conocían otra cosa que los bárbaros cristos y groseras imágenes de la época latina; y esta aparición de la puerta del Niño Perdido, cuajada de formas diversas, llena de variadas representaciones de la naturaleza, fué como una luz para los pobres mozárabes, que en el arte, habían heredado la antipatía iconoclasta de sus mayores.

La influencia del arte cristiano en el arte musul-

mán es desde entonces decisiva. Para encontrarla, veamos la sinagoga del Tránsito, obra del siglo XIV, siglo fatal para Toledo, que vió asesinados gran número de sus hijos, y ensangrentadas sus calles por las horribles luchas de los hijos de Alfonso XI.

Ya sabemos qué punto de la ciudad habitaban los Judíos. Allí existen las ruinas más tristes que posee Toledo. Pero entonces, estaba allí el gran bazar del Oriente, resplandecía en sus calles el bienestar, la prosperidad y el lujo, lo mismo que en la Alcana, donde los más opulentos mercaderes llevaban sus

artículos, y adonde concurrían de toda España por ser uno de los principales depósitos. Allí los tejedores de Segovia y de Cuenca elevaban ricos paños verdes y azules, no igualados por fábrica alguna; los armeros de la ciudad presentaban sus admirables hojas, célebres todavía; los árabes baleares sus hermosas cerámicas, y los murcianos y andaluces sus sedas rojas y blancas que después con los recamados de oro y la brillante pasamanería también de origen arábigo formaba las ricas vestiduras que tanto ennoblecieron la figura humana en aquellos tiempos. A la vez, el Oriente también depositaba en la

ciudad las especias, los
inciensos, los celemines de
perlas, que después vemos
adornando, con profusión mun-
dana, los cuellos de la Vir-
gen del Sagrario y de otras
por el estilo: de Berberia
venia el coral en abundan-
cia; de Venecia las joyas
esmaltadas; del Asia Menor
el ámbar y la mirra; y
de más allá del mar don-
de está la fabulosa isla
Trapobana, el oro y la plata,
que después en los talleres
de Sevilla y Toledo forma-
ba los vasos sagrados, las
empuñaduras, los marcos
de tripticos, los ex-votos,
los collares, los relicarios y
demás objétos preciosos. En
la misma ciudad multitud

de artífices labraban esas finísimas cotas, eclipsadas después por las de Milán, los escudos cincelados y todos los objetos que con el acero domado y hecho más flexible que el papel por las aguas del Tajo, dieron tanta preponderancia a la industria española.

Esas calles que hoy veis angostas, intransitables, formadas por altas paredes que van a desplomarse sobre el transeunte, calles donde sorprende encontrar un ser vivo, tristes y silenciosas, llenas de miedo por las noches, y aterradas siempre con la sombra del Marqués de Villena, eran entonces de

agradable aspecto y sumamente pintorescas. Los sombreaban y daban frescura los tallos tendidos de uno a otro lado, las cortinas que, prendidas en todos los agimeces, colgaban formando con su variedad de colores una risueña vista. Ciestos de flores había en todas las ventanas; y en las tiendas servían de muestra y adorno esas telas orientales semejantes a los tapices de Persia, que por la profusión combinada de los colores, por su riqueza y maravilla, parecen un lienzo de pared de cualquier sala de la Alhambra. Los ovalorios, los flecos hechos con infinitas borlas de seda y

trenzas y festones, apare-
cían en todas partes, porque
eran el principal adorno,
y fueron de moda muchos
siglos, conservándose aún en
Andalucía un recuerdo de
aquella magnificencia. En
otras tiendas los metales
preciosos, la alfarería de lujo,
las mallas finísimas, los
cueros suavizados y per-
fumados en Córdoba, los
arneses, las lanas rojas
y azules, completaban aquel
bazar inmenso, en que
faltaban enormes almen-
dradas, pasteleras de los
mazapanes de hoy, tortas
y panes de especias, fru-
tas secas y licores en pe-
queñas tiendas portátiles,
conocidas desde bajos por

el olor del azafrán y de la nueva morcava.

Allí podrías ver los tipos característicos: del árabe, delgado, enjuto, moreno; del judío, grave, hermoso, pálido, con la barba bermeja y puntiaguda; del castellano, pequeño, fornido, y de mirada inteligente y vivaz; del aragonés, alto, fuerte, reconcentrado y austero.

Pues bien: los tiempos de la opulencia israelita en Toledo están marcados por la erección de un edificio que es la mejor muestra del lujo que entonces imperaba y de la esplendidez con que se recababan toda clase de obras. El Tránsito, o San Benito como

M.C.D.2020

hoy se llama, está en un extremo de la Judería, no lejos de Santa María la Blanca y de San Juan de los Reyes, y fué edificado por Samuel Leví, el tesorero de D. Pedro el Cruel, un millonario, un banquero semejante a los modernos Rostchild y Pereire. Esta sinagoga no se parece en nada á Santa María la Blanca: es más vasto arquitectónico, pero inferior por la riqueza de la ornamentación y el lujo con que está decorada. Ya han desaparecido todas las antiguas basílicas latinas, y ya no se emplea aquella singular forma en la construcción de los templos. La

arquitectura árabe ha adoptado ya la forma que usa en sus famosos palacios andaluces, la forma de tarbea, es decir, una gran tonja, un pabellón cuadrado con elevadísimo techo, y cubiertas las paredes con toda clase de labores. Aquí la forma arquitectónica es pobrísima; pero las proporciones de aquel enorme salón son tan buenas, y su decoración tan pomposa, que, de conservar los dorados y los colores, sería de un aspecto encantador. Por lo alto de la pared corren una faja, donde una multitud de columnas de diversos marmoles determinan una serie de

ajimeces ricamente la-
brados y con rejas de lo
más ingeniosamente com-
plicado que han hecho
los Arabes. Bien se conoce
aquí la influencia de la
escultura cristiana, porque
en las archivoltas de los pe-
queños arcos y en los en-
trepaños se desarrollan los
pámpanos de una ~~de~~ vid,
y en todos los dibujos se
descubren formas vegetales,
desfiguradas sí, pero bas-
tante claras para descu-
brir su filiación entera-
mente gótica. Por todo
el friso corre una inscrip-
ción, una faja de esos her-
mosos garabatos de oro y
azul, que parece haber tra-
zado el dedo vacilante de

M.C.D.2020

151 ~~134~~

un brujo; y encima de
esta ~~inscripción~~ inscripción
se extiende el techo cuajado
de riqueza, un artesonado
que tiene las incrustaciones
de nacar y marfil, como
puede tener bordados de oro
el traje de un Niño Je-
sús, un caudal enorme
tirado al aire; techo del
cual se puede hacer for-
mar idea diciendo que es
como las tapas de esos pre-
ciosos estuches que hoy se
usan, pero con setenta piés
de largo por treinta de an-
cho; una miniatura enor-
me, la filigrana emplea-
da en dimensiones colo-
sales.

Samuel Leví edificó junto
al Tránsito su palacio, en cuyas

M.C.D.2020

cuevas guardaba sus inmensos tesoros. Posteriormente lo habitó, según dicen, el Marqués de Villena, y vacía de sacos de oro, se llenó la casa de redomas, potes y manuscritos.

Allí atesoró el celebre alquimista toda la ciencia de su tiempo, y allí escribió las preciosas obras que la ignorancia y el fanatismo arrancaron a la posteridad y a la crítica moderna, quedando solo el recuerdo de aquel hombre, ridiculizado por la tradición, en opinión de hechicero y nigromántico. Aun se conserva memoria de él en aquel barrio, que parece maldito. Por mucho tiempo estuvieron inhabitados aquellos sitios, porque la gente, impresionada sin duda por el espantable aspecto de las ruinas del palacio, daba en asegurar, que a las altas horas de la noche se aparecía [redacted] dando zancajos sobre los muros, el Marqués de Villena,

M.C.D.2020

rodeado de amarillenta luz, y con su séquito de redomas, brujas, papelotes y guarismos.

El reinado de Don Pedro el Cruel es funesto para nuestra ciudad. Doña Blanca fué encerrada por primera vez en el Alcázar para ser trasladada después a Medinasidonia. La población se dividió en bandos, y cuando las tropas de Don Enrique fueron sobre la ciudad, unos le abrieron las puertas por el puente de Alcántara, y otros se las cerraron por San Martín. Esto produjo una matanza horrible, y como si tantas desventuras no bastaran, viene después Don Pedro, y acusando de desafecta a la ciudad, comete en ella las mayores atrocidades, condena a morir degollados a una multitud de nobles, y sus tropas llevan a cabo un saqueo general, que sufren principalmente

los judíos y los tenderos de Alcana. (V37)

Pero esta época desastrosa deja allí, además de la opulenta sinagoga del Tránsito, otros edificios de mucha importancia, como son el palacio de Don Diego, construido por Don Enrique el bastardo; y otras habitaciones señoriales de que aún se conservan algunos restos. En general, puede decirse que todos los nobles y personajes acaudalados, adoptaron para sus palacios el estilo árabe-toledano, usándolo por todo el siglo XIV y aun en el siglo XV, pues se conservan casas de ese género contemporáneas de San Juan de los Reyes. Lo que hoy se llama Taller del Moro es el último resto de un soberbio palacio que debió ser de algún judío rico o de algún noble castellano. El sistema arquitectónico aquí, como en los

M.C.D.2020

célebres palacios andaluces, es el de la Tarbea, con sus primorosos techos, sus cornisas cuajadas de estalactitas y las paredes cubiertas de un riquísimo tapiz de oro, rojo y azul, que más bien que esculpido parece bordado por la más sutil aguja. La casa dehesa, el arco del Rey Don Pedro, y el Colegio de Santa Catalina son de la misma época, y presentan la última evolución de aquel arte tan rico, tan suntuoso, más propio para expresar los encantos y bienestar de la vida, que para servir de intérprete al misticismo y al sentimiento religioso. Por eso prevaleció en tal palacios, donde el arte ojival ha sido siempre poco feliz, y no pudo luchar con éste en los edificios religiosos. La arquitectura gótica, implantada en la baja Cas-

M.C.D.2020

tilla, tímida al principio, exótica, y, por decirlo así, impopular, adquirió a fines del siglo XIV una fuerza extraordinaria, aunque su reinado no fué de larga duración, porque el Renacimiento se apoderó bruscamente de toda España, y en poco tiempo verificó la transformación más completa.

VII

La Catedral va desarrollando poco a poco su inmenso panorama interior, y unas tras otras las cinco naves van llegando a su límite, agrandándose cada vez más. Las dos de los extremos laterales se cierran primero; las dos que siguen, aspirando a mayor altura, se cierran más tarde; y por último, la central, que desea sobrepujar a todas,

M.C.D.2020

tarda mucho, y sólo a fines del siglo XV se ~~[illegible]~~puestas las claves de sus últimas bóvedas. Las cuatro laterales se unen entre sí, costeando la central por detrás del presbiterio y formando el ábside, donde la construcción gigantesca parece que se enrosca, violentando el corte de todas sus piedras y contrayendo todos sus pilares.

Entre los machones han dejado los arquitectos unos huecos enormes, donde debía existir la pared, y en ellos, después de construido el enrejado de piedra, empieza maese Dolfin a poner sus pedazos de vidrios de colores, que forman figuras de santos, ángeles y querubes.

Los mozárabes quedan mudos de estupor al ver aquel lienzo de pared, abierto a la

luz, sustituido por una cosa (141
de fantasía, por un muro imaginario, hecho con todos los colores y con un tejido de reflejos: ~~ver~~ aquellos grandes agujeros, por donde ~~vestidas~~ vestidas de fuego se asoman tantas figuras de otro mundo, y no pueden comprender cómo no habiendo realmente pared se sostienen las bóvedas y todo el cuerpo del edificio. Pero contemplando al exterior, advierten una cosa que les explica aquel enigma. La arquitectura gótica tiene de peculiar y característico, el empleo de fuerzas disimuladas para sostenerse. Quiere afectar en el interior una gran ligereza superior a la que puede obtenerse con todos los esfuerzos de la estereotomía, y reforzando los machones por fuera con la

M.C.D.2020

aplicación ingeniosísima de los arcos botareles, puede suprimir, si quiere, el entrepaño, y abrir esas ventanas donde coloca esos hermosos cuadros de luz. Los muzárabes admiraron aquél artificio que no conocían ni de oídas, y los arbotantes les parecían una andamiada permanente, una especie de brazos de piedra que sostenían el edificio.

Se hace después la puerta de Santa Catalina, una de las del claustro, y aquí la escultura es más correcta que la del Niño Perdido. Las flores se destacan más, y las figuras tienen más movimiento y soltura. La vivificación de la piedra se hace lentamente, y los seres que en el siglo anterior eran informes y con cierta expresión de estupidez

en las fisonomías, se pulimentan y hermosean, haciendo presentar la escultura del Renacimiento, menos ideal y correcta qué la clásica, pero más individual y expresiva. El claustro aparece también entonces con sus cuatro grandes galerías, destinadas al solaz y desahogo de la muchedumbre de clérigos que han de desempeñar los servicios del templo; y en él tienen lugar hechos importantes de nuestra historia, como el ofrecimiento de la corona de Castilla hecho a Don Fernando de Antequera, la renuncia de éste, y la proclamación de Don Juan II. Al mismo tiempo que el claustro, se desarrolla también el coro en su parte de sillería. Se colocan aquellos fustes de jaspes her-

M.C.D.2020

mosísimos, pertenecientes sin
duda a la antigua mezquita,
y todo el ancho del muro se
cubre de aquella extraña escultu-
ra tan ruda y prolija. Mul-
titud de animales inverosímiles
surgen de la piedra, enroscados en
tallos diversos, y en unión con ellos
aparecen innumerables Santos y
representaciones simbólicas, gro-
tescos los unos y expresando en
sus toscos semblantes un misticis-
mo alelado que les dá no sé qué
aire de petrificados habitantes
del limbo; incomprensibles las
otras, como las fórmulas de la
teología escolástica, y encima de
todo esto, asoman sus cuellos y
sus alas ciertas figuras que
son una monstruosa fusión del
angel y la esfinge, una especie
de dragón ingerto en sibila, que

M.C.D.2020

está allí para expresar no sé qué enigmas, y que atrae siempre la atención del espectador por su misteriosa forma y su actitud semejante a la de los animales de las gárgolas, que puestos en lo alto de los machones exteriores, vomitan el agua de la lluvia

Al mismo tiempo el altar mayor se va formando, y el decorado de su muro externo, semejante a una maravillosa cristalización, se desarrolla en pocos años. Es un cuerpo de edificio, una miniatura con sus zócalos, su columnaje, sus ventanas, su cornisamento, y su crestería. Cada piedra de las que componen el zócalo, es un plinto en que descansa una estátua, cada

estatua engendra un machón, cada dos machones una ojiva, cada ojiva un par de enjutas llenas de filigrana: sobre la cabeza de cada Santo, se eleva un doselete que es otra miniatura, y que contiene en pequeño todo un sistema arquitectónico; de cada doselete parte una aguja, y por toda la parte superior descuella, semejante a las picas de un ejército, la serie inacabable de puntas y minaretes en que van a resolverse todas las formas del edificio. Los Santos aparecen colocados en filas como se disponen en el cielo las categorías de bienaventurados, todos extáticos y con ese ademán de estulticia é ingenua contemplación que tiene la escultura de entonces. Todos llevan en la mano un signo característico, esa herramienta simbólica que distingue a Pedro de Pablo, a Andrés de Lucas, y sin la cual sería

imposible distinguirlos unos de otros; tal es la semejanza y uniformidad de aquel arte rudo y primitivo. Todos tienen sus fustes de oro, y en sus pedestales se enrosca la misma hiedra que ha hechado raices en todas las piedras; y en sus doseletes se extienden todas las escrecencias multiformes, que hacen de aquella superficie un musgo prodigioso. Por dentro la elaboración de la capilla mayor es más lenta, sin embargo poco despues de terminado y esculpido el Apocalipsis exterior, se colocan los sarcófagos de los Reyes Nuevos, que no reposan en el suelo, sino que, aspirando sin duda a una ascensión corporal, quisieron en su vanidad, subir, elevandose el pesado artificio de sus sepulcros; y

aparecen encaramados en lo alto de la pared, sostenidos como el Zancarrón de la Meca, por potencias magnéticas. Les rodean ciertos ángeles, en quienes se ha querido retratar la compunción y la tristeza: los escudos cuelgan a un lado y otro: todos tienen en las manos sus luengas y terribles espadas, y a los pies el león antiguo, esculpido con más formas de perro que de león. Por una exigencia de la perspectiva, el arquitecto puso inclinadas hacia fuera las urnas cinerarias, y parece que las estátuas yacentes van a rodar al suelo con toda su máquina de escudos, coronas, y leones. Junto a los nichos de los Reyes Viejos se alzan las estátuas de varios monarcas, y en lugar preferente la de dos hombres humildes, el Alfaquí, de quien hablamos, y el Pastor de las Navas, que guió a

Don Alfonso VIII. en la batalla (1119)
de las Navas. Estas dos estátuas
tienen una ingenuidad encantadora,
las dos parecen asustadas de verse
en tan suntuoso recinto; la rudeza
y simplicidad de la escultura ha
sido esta vez un admirable medio de
expresión, porque ha dado a los dos
pobres hombres, una actitud ~~cómica~~
embarazosa que los señala entre
los demás que adornan aquel sitio.

Llega, por último, un
año memorable en la Historia de
España, el año 1492, en que los Reyes
Católicos toman a Granada y descu-
bre Cristóbal Colón el Nuevo Mundo.
Entonces se cierran las últimas
bóvedas de la Catedral, y la obra
en su parte arquitectónica se pue-
de dar por terminada. Faltan
las fábricas de las artes auxiliares
que hacen de aquél templo un
magnífico museo; faltan las
obras de entalle y fundición, los

M.C.D.2020

bronces, las pinturas, los retablos, (150)
los altares, los vidrios, los vasos y
objetos del culto y para esto se
preparan una multitud de ar-
tistas que el Renacimiento ha
traído e inspirado. Entonces em-
pieza una emulación que ma-
ravilla. Vemos que un solo hombre
profesa artes tan diversas como
la pintura y la estatuaria, sobre-
saliendo igualmente en las dos; y
hay artistas, perteneciente a la
gran raza de los Benvenuttos y
Berrugueles, que traza un edi-
ficio, lo construye, funde y
cincela una ~~[illegible]~~ verja, talla un
púlpito de madera, pinta un
retablo, hace vidrios de colores y
labra una custodia. Tal era la
fuerza de concepción, la fecundidad
y el ingenio en una época en
que la tradición gótica se había
unido al estudio de la antigüedad

M.C.D.2020

clásica para producir tantos prodigios.

Al acercarse el siglo XVI, el arte monumental entra en el período de su decadencia. Ensanchada la esfera de los conocimientos, hallándose en gran descrédito la teología escolástica y en visible degradación el misticismo, que tan grandes cosas ha producido en la Edad Media, la sociedad sufre una de las más notables crisis que registran los siglos. El estudio de las humanidades ha difundido una gran luz: las disputas religiosas han quebrantado la fe, y la gran tempestad que ha de venir más tarde sobre la iglesia, se deja sentir con síntomas alarmantes. Por lo demás, el mundo se preocupa menos de las cosas santas; ya no hay moros que combatir, y la antigua fe

M.C.D.2020

que inspiró tantas empresas fabulosas, comienza a decaer. Ocurre que el estado de las colas de Europa, el cansancio que a la esfera de acción de los hombres ha dado el ilustre genovés, hacen que aquellos se preocupen más de lo que pasa en el mundo. Pronto se ha de formar el gran Imperio austriaco, y a la aparición de un poderoso soberano ha de encender continuas guerras. La diplomacia se pone en juego, marchan los ejércitos, se activa la política, Europa está sufriendo una conflagración de ideas y de armas. La teología murió herida por las humanidades; el misticismo murió herido por la filosofía x. Perece la literatura legendaria a manos del buen sentido desarrollado por estudios

M.C.D.2020

M.C.D.2020

sanos, y así como la caballe-
ría cayó cuan larga era con
todo su aparato de inverosimi-
litudes, ante la discreta sátira
de Cervantes, huyeron también,
se hundieron, fueron quebrantadas
y rotas, como las figurillas del
retablo de Maese Pedro, todas las
ideas y entidades de la Edad Media.
El resultado de ~~toda~~ esta transfor-
mación es bien claro en el arte
monumental. La arquitectura
gótica, que era la expresión de
todo aquello, pereció también,
acabándose para siempre la
gran raza de catedrales que por
tres siglos sintetizaron el pen-
samiento, el saber y los sentimien-
tos de la humanidad. Ya de las
entrañas de la tierra no se ex-
traen esas enormes masas de

piedras para unirlas y aglomerarlas formando esos cuerpos gigantescos que asombran por lo complejo de su construcción y el inmenso caudal de fuerza que se supone empleado en ellos. La familia de los grandes templos concluye entonces, y solo Felipe II, que poseia el dinero de dos mundos y la más firme voluntad de que hay noticia, pudo construir, en pleno siglo XVI, el Escorial.

La arquitectura gótica espira cuando se verifica esa grande evolución de la humanidad, y espira después de hacer su último esfuerzo en su postrera florescencia, después de dar su más hermoso desarrollo; parece ornada de flores, cubierta

con todas sus galas, exuberante, rica, resplandeciente, con un lujo que llega al delirio. El claustro de San Juan de los Reyes, de que después hablaremos, presenta esta última faz de aquél estilo prodigioso, lleno de variedad y armonía como la naturaleza.

Concluye el dominio de la piedra. Parece que el refinamiento en las costumbres, el mayor grado de la cultura, la erudición que ha invadido hasta el estudio de las artes, no son compatibles con el empleo de aquel material duro y tenaz. La construcción sillar, que tiene algo de ciclópea, no se adapta a la nueva raza de artistas, en los cuales hay algo de afeminación. Además se quiere hacer mucho y pronto; ninguno se contenta

con ser inventor y tratador de una fábrica que no ha de ver concluida. El artista se encariña con su obra, quiere hacerla toda con su propia mano, expresar su pensamiento fácilmente; nacen los talleres, y son abandonadas las cartelas; se adoptan materiales menos ingratos que la piedra, y aparecen esas maravillosas artes del Renacimiento, los vasos, la platería, la cerrajería, los bronces cincelados y fundidos, la escultura en madera, y como complemento y última expresión del individualismo en el arte del dibujo, ~~apa-~~ adquiere ~~rece~~ con extraordinario vigor la pintura, con su fácil procedimiento, su sencillez y encanto del color, que en poco tiempo la hace tan popular.

M.C.D.2020

M.C.D.2020

El arte ojival, arrojado de la arquitectura, arrojado de la piedra, se refugia en la madera y en las artes de adorno, se ocupa por mucho tiempo en modelar las sillas corales, los facistoles, los retablos, donde hace el último alarde de su fecundidad y riqueza. Llega un tiempo en que sus formas se confunden con las greco-romanas, y mútuamente se prestan los dos estilos, aquél su multiplicidad y su delicadeza, éste sus proporciones y su gracia. Pero en tanto ¿ que se ha hecho de aquel pobre arte murárabe que dejamos allá en los palacios señoriales del siglo XIV, que todavía existe fuerte en su aplicación, con vida propia, ofreciendo sus mejores magnificencias,

M.C.D.2020

y sueño aún de sí mismo?
Viene también a tomar parte
en la difusión del Renacimiento.
En Toledo, la multitud de artes
complementarias, como el entalle,
la carpintería de lo blanco, la
pintura mural, la fundición
de metales preciosos, y la fe-
rretería, conservan siempre la
influencia morárabe. En la
catedral han dejado todas estas
artes, nacidas del ~~arte~~ monu-
mental de la Edad Media y al
calor de las ideas de Italia,
sus mejores obras. Las veremos
cuando, siguiendo el desarrollo
de los monumentos de la ciu-
dad, hayamos concluido todo lo
que en ella se hizo con pie-
dras y ladrillo; cuando, después
de asistir al último esfuerzo
de la mecánica y de la estereo-

M.C.D.2020

tonía, llegamos a la época del pincel y el buril. 176

VIII

La puerta de los Leones es quizá el tesoro más bello que contiene la Catedral. Nuestra fe lo que podía crear el arte ojival en el siglo XV, lleva en sí también los gérmenes de aquel excesivo desarrollo que después había de extinguir su genio. La escultura, como ves en la puerta del Perdón, es más correcta que en las del Niño Perdido y Santa Catalina: se destacan las figuras de la superficie de la piedra con más soltura; sus miembros se modelan, pierden su fisonomías aquella expresión de estupidez que antes tenían;

los trages se pliegan con holgura y desembarazo, y por lo general hay más variedad en las actitudes. Al mismo tiempo las hojas se despliegan las ramas se han desarrollado, los capullos son ya flores se han abierto, los tallos han crecido y en cada. A la antigua disposición angulosa y chata se todas las formas, ha sustituido una morbidez y una ondulación que tienen algo de voluptuoso. Esto nos lleva necesariamente a hablar de San Juan de los Reyes, monumento de inestimable mérito que elevó la piedad de los Reyes Católicos en cumplimiento de un voto hecho por la terminación de la guerra de Portugal. Su claustro tiene

una fama universal; es
quizá el toro de arquitec-
tura española de que corren
más estampas y reproduccio-
nes por el extranjero, existiendo como modelo en todas las Escuelas de Francia. En es-
to hay una especie de repa-
ración, porque los franceses
lo mutilaron y destruyeron,
fijándolo después de la in-
vasión*, en el estado en que hoy
se encuentra, desmantelado,
roto, con todas las figuras sin
cabeza y despuntadas todas
las hojas del follaje, como si
una hoz bárbara y profana
hubiera pasado por allí. La
iglesia, aunque de gran be-
llera, es inferior al claustro,
obra única en su género, per-
fecta, si cabe perfección en lo

M.C.D.2020

que hacen los hombres. En ~~162~~
éste, la aplicación del gótico florido está hecha con el más sano criterio, con la mayor pureza y unidad: en aquella hay muchas cosas exóticas, como son algunas formas bien poco disimuladas del arte árabe, puestas al lado de las ojivales, sin transición, sin maridaje, sin ingenio en fin. La iglesia es suntuosísima, y su decoración es de una riqueza y prolijidad maravillosa. En el claustro hay todo esto y mucha más gracia. Toda impresiona más que el entrar en aquellas galerías, de poca extensión, de estrecha perspectiva, pero que contienen desarrollados en sus arcos

M.C.D.2020

y machones, mundos enteros de vida, infinitas formas naturales puestas con tal método, con tal arte, que, a pesar de su profusión, no parece allí contrariado el precepto de la sobriedad en los adornos. Verdad es que allí estos no son accidentales: constituyen un sistema, es la ~~eflorescencia~~ eflorescencia de la arquitectura, que, habiendo apurado ya todas las formas generales, y buscando siempre nuevos medios de expresión, cansada -digamoslo así- de expresar un vago ideal y una belleza poco determinada, tiende a expresar la naturaleza directa, tiende al realismo, a la imitación, y prepara el periodo en que, descomponiendose por un

esfuerzo excesivo, salen de ella con nuevo vigor la escultura y la pintura. El famoso claustro indica esa evolución del arte, dirigiéndose a la realidad y al individualismo para dar origen a la buena época del Renacimiento. Allí los follages son tan lozanos, tan vivos, que parece que un sol tropical les ha dado el más exuberante desarrollo.

En estos países meridionales, donde estamos acostumbrados a las reverberaciones de la arquitectura oriental, donde el color, el oro, luminoso y caliente como si el sol de Andalucía modelara y encendiera continuamente la portentosa cerámica con que están cubiertas las paredes, no podemos menos de ver con asom-

las construcciones del gótico florido, que, como en San Juan de los Reyes, presentan modificadas las primitivas formas que han traído del Norte, por la influencia local que alcanza a todas las cosas. Parece que aquellos tréboles, aquellas escarolas, aquellos tallos, han sido en su origen chatos, débiles y raquíticos, simples ornatos de la arquitectura; y que después, recibiendo en la serie de los años los rayos del sol de Castilla, se han desarrollado, encontrando un fecundo riego en las entrañas de la piedra, se han abierto y ensoberbecido, cubriéndolo todo, como las hierbas trepadoras que, estimuladas por la humedad y el sol, se extienden, ahogando el árbol en que

se apoyan. Del seno de estas formas vegetales, parece que el mismo calor natural ha hecho salir la muchedumbre de seres animales que no pertenecen a ninguna categoría zoológica; seres inverosímiles debidos a la generación espontánea que parece residir en la parte fecundísima de la piedra. Estos bichos, que habitan en los cálices de todas las flores, son en cantidad enorme! el espectador los ve asomados en sus grutas de follaje, y diría que al sentir sus pasos van a esconderse, agitando los tréboles sutilísimos que cuelgan aquí y allí. En cuanto a la ejecución de esta obra incomprable bien se ve que es el último grado de destreza a que puede llegar

el artífice humano: todas las figuras animales y vegetales están labradas en hueso; la luz entra y sale por detrás de los objetos, aislándolos y dándoles esa trasparencia que tanto caracteriza los poemas del claustro. Todo el recinto es melancólico, tranquilo, y convida a la devoción prudente y sentada. No es un sitio de horror como los claustros románicos de Cluny y el Cister; es un claustro del siglo XV, un poco mundano ya, bastante apegado a la vida, no tan refractario a la naturaleza. En el centro crecen unas flores modestas, y el agua de una fuente, cayendo en un pequeño pilón, produce la más grata armonía. Allí se piensa en

las cosas santas; pero se ama
la vida; porque el sitio con-
vida al reposo y a la me-
ditación, al mismo tiempo
que seduce la vista y ador-
mece los sentidos. De este
claustro salió para ser consejero de
los Reyes Católicos, el Cardenal Cis-
neros; no hay duda de que los pobres
seráficos que habitaban tan apacible
mansión no eran personas de muy
arregladas costumbres, porque cono-
cidos son los esfuerzos que para
reformar y moralizar la Orden
hizo el ilustre vencedor de Orán.

La iglesia no iguala
al claustro, a pesar de su
belleza. No sé que hay allí de
discordante y anómalo. Es de ad-
mirar el crucero, el ábside y las
dos elegantes tribunas que hay
en los machones del arco toral

de la nave. El exterior ofrece una agradable perspectiva por la crestería del crucero, las agujas y los arcos botareles. Pero no es aquello a pesar de su magnificencia el puro y genuino monumento ojival, febril y aireado, con todas sus formas resueltas en pirámides apuntadas, con sus machones esculpidos y sus arcadas llenas de figuras. En el exterior de San Juan de los Reyes no estuvo Juan Guas, su inmortal arquitecto, tan feliz como en el claustro: son, sin embargo, muy esbeltas las paredes del ábside y hacen muy buen efecto las figuras de los heraldos que, en vez de Santos, hay en todos los machones: heraldos que son padres de los que después vemos en la puerta del alcazar de Carlos V, y en la entrada de la Capilla de Reyes nuevos.

M.C.D.2020

Dos particulari-
dades, además de lo que hemos
descrito, encuentra hoy el viajero
en el célebre monasterio. Una es
la puerta que comunica con el
claustro, y que ostenta una
cruz y dos estatuas, que su-
ponen ser los retratos de Fernan-
do e Isabel, trazados por la piadosa
inventiva del autor en la Virgen
y San Juan Evangelista. Otra es
la terrible alegoría que por volun-
tad expresa de la misma Reina
se puso en el comedor de los pobres
frailes. Sobre la puerta hay un
nicho horizontal, y en él una
figura, esculpida con horrible
verdad, que representa un cadáver
en estado de putrefacción. La
escultura repugna y aterra, por-
que el color que los años han
dado a la piedra contribuye a

hacerla más espantosa. Así los discípulos del Seráfico, cuyo fuerte no era en aquellos tiempos la templanza, tenían siempre ante la vista, mientras comían, la imagen de la muerte con todo el horror de la idea y toda la repugnancia de la forma. Esto, sin embargo, no debió producir mucho efecto, porque Cisneros, ya lo hemos dicho, se vió en grande aprieto para corregir las costumbres de sus cofrades, que eran cada vez peores.

Para dar el último adiós a la arquitectura ojival, hemos de volver a la Catedral, donde el retablo mayor nos ofrece su página postrera. Ya ~~Y~~ ha perdido el reinado de la piedra, y se refugia en la madera, más dócil al cincel, más propia para obedecer

los caprichos de aquel arte que ha llegado al delirio, y necesita lo más blando, lo más sutil, la cera, para expresar la multitud infinita de sus formas. Donde conocimos los sepulcros de los Reyes Viejos y las estátuas del Alfagüi y el Pastor de las Navas, se construye este retablo, para lo cual fué preciso remover los sarcófagos y ensanchar la capilla: los escultores necesitan un espacio inmenso, de todo el alto y toda el ancho de la nave central para desarrollar aquél panorama, que es el Nuevo Testamento y el Flos Sanctorum grabado y pintado. Allí está todo, desde el nacimiento hasta la pasión, que ocupa el centro en la parte más elevada: y en todas las columnas que dividen los veinte

espacios o casetones del retablo, una muchedumbre, un hormiguero de Santos de ambos sexos y de todas categorías. Puede decirse que es un catálogo completo de la iconografía cristiana, un panorama artístico de la religión; porque cuantas personificaciones ha ~~hecho~~ creado el idealismo y la teología están allí expresadas. Veintisiete artistas trabajaron en esta enciclopedia, y solo con tanta gente y el empeño de Cisneros, cuya resolución se probó en la Biblia Políglota, podía construirse en cuatro años. El material es madera pura, pintada y dorada, lo que llamaban entonces encarnación y estofado. Las figuras están pintadas con su color natural, anunciando la escultura en madera, que tan bellas obras

M.C.D.2020

produjo entonces y que después, ~~1874~~
por su fácil procedimiento, llenó
de mamarrachos a España. La
arquitectura ha muerto ya: viendo
gastadas y perdidas sus formas,
recurre a todos los medios para
parecer bella, y se pinta como
las viejas. Cesó el imperio de
la piedra, y empiezan las artes
del Renacimiento, y con ellas la
pintura, que más tarde lo sin-
tetizará todo, como antes lo
sintetizó la arquitectura. El
arte ojival que aun conserva
alguna vitalidad después del
período terciario o florido, se
resuelve en el retablo, que es
una transición. Con esas escul-
didas figuras y ese estofado de
~~oro~~ oro, que crearon un pincel
~~tímido~~ tímido pero, y un buril suma-
mente delicado, acaba el gran arte

M.C.D.2020

y aparecen los gérmenes de otro nuevo. Esto es lo que hemos de ver en el ~~resto del artículo~~ siguiente capítulo.

— IX —

A principios del siglo XVI, en los años en que Carlos V refrenaba en Castilla las Comunidades y encendía las guerras de Italia que habían de durar tanto; cuando los primeros conquistadores de América añadían cada mes un nuevo imperio a la corona de España, volvía de Italia Alonso Berruguete, lleno de ilusiones y cargado de modelos, trayendo en la memoria más formas y más ideas de arte que dibujos en su cartera y vaciados en su cofre. Allá había trabajado con Miguel Angel, con el cual le unió ese parentesco espiritual, que tanto

M.C.D.2020

se asemeja física y moral- 176
mente a hombres nacidos en
distintos lugares y de diferentes
madres. Berruguete tenía, como
el célebre Buonarrotti, la voluntad
poderosa, la fecundidad, la confec-
ción del ideal en formas colo-
sales, la grandeza de ideal, la
universalidad de conocimientos,
la rudeza de carácter, la fuerte
constitución corporal, y ese entu-
siasmo exclusivo por su arte, ese
amor llevado al fanatismo que
da un sello viril a todas sus
obras, y que, difundido a los dis-
cípulos, tiene fuerza bastante
para crear esa raza de artistas
que vieron Italia y España
en aquella centuria.

Cuando Berruguete volvió
a España, encontró un terreno
virgen, un campo sin obstáculos
ni estorbos, propio para edificar

M.C.D.2020

M.C.D.2020

pronto y bien; encontró mucho entusiasmo, bastante fe religiosa y gran afición a las artes, munificencia y cultura en los soberanos, en los magnates y cabildos, muchos medios de ejecución y mucho dinero. Veremos lo que con esto hizo su extraordinario genio. Verdad es que no encontró los grandes modelos de la antigüedad, que entonces servían de norma en Italia y que él estudió con amor; pero en cambio halló lo que en Italia no había, o se encontraba escasamente en Sicilia, es decir, la variedad infinita de las formas orientales, y la original fusión y armonía que de ellas y del dibujo ojival se había formado. Cuando él volvió, el gótico florido

dominaba aún con gran fuerza, especialmente en los retablos, que se pintaban aún según la enseñanza que dejó en Andalucía Juan Eyck. Querer implantar aquí en toda su pureza el Renacimiento italiano, hijo directo de la antigüedad, con sus formas puras y su repulsión al decorado prolijo que creó y llevó a un extremo de delirio el romanticismo místico de la Edad Media, hubiera sido empresa arriesgada. Las principales poblaciones de España eran refractarias a aquel estilo que les había de parecer desnudo y pobre. Las ciudades de Andalucía y de la baja Castilla tenían, a causa de la civilización musulmana, costumbres y gustos enteramente orientales; y las del Norte en León, Asturias y tierra de Burgos, se habían

encariñado tanto con las crea-
ciones ojivales de la buena época,
con los sombríos monasterios ro-
mánicos, con las viejas abadías y
las catedrales del siglo XIII, que
no era posible la adopción del
nuevo orden, que trascendía a
cosa pagana y arte de infieles.
Así es que España,
como Francia, no aceptó la grande
obra del Renacimiento italiano, sino
adaptándola a sus tradiciones,
reformándola caprichosamente.
Si los mozárabes vieron con estupor
elevarse los pilares góticos de la
Catedral, más extrañeza les causa
a los buenos estofadores de retablos,
ver elevarse los hermosos
fustes de la columna corintia,
sustentando el arco de medio punto
y la triple cornisa, adornada de
grecas y relieves. Atenuaba

la sorpresa de esta aparición
al ver que los animales fantás-
ticos y la vistosa flora que habían
admirado en el claustro de San Juan
de los Reyes, tomaba posesión
también del orden greco-romano,
recien traído de Italia. Pero aun el
orden antiguo ha de doblegarse más
todavía, sumiso y condescendiente
a las exigencias de los alarifes y
estofadores: los fustes se adelgazan
y estiran abandonando las me-
didas de Vitrubio; todas las formas
se espiritualizan y se da mucho
campo y rienda suelta al genio de
la escultura, que en Italia se
emplea con discreta sobriedad en
los monumentos. La escultura de-
corativa sufre sin embargo una
transformación realizada por
las cosas nuevas que en sus car-
tones ha traído Berruguete de

Roma. En vez de las figuras apocalípticas, imitadas de las viejas gárgolas, se ponen unos dragones alados de singular elegancia: a las esculturas místicas de ~~santos~~ santos y arcángeles, suceden unos hombrecillos con pies de cabra, desvergonzados sátiros, que sacaron allá de las ruinas romanas, y que después lo invaden todo, iglesias, capillas, altares: a las cabeceras de ángel lagrimoso y escuálido, sustituyen unas a modo de cabezas de Medusa o bustos de Antinóo que ocupan todas las enjutas, y en todas las cornisas y en todas las pilastras aparece el candelabro griego, y la jamba ondulante, robusta, cubierta de bastas hojas como un acanto o de escamas como una culebra. Acabáronse las líneas

verticales multiplicadas y reunidas en haces para resolverse después en agudas puntas erizadas de crestería; y ahora dominan las amplias líneas horizontales que no fatigan la vista: los ~~frisos~~ cornisamentos de los retablos, llenos de picos resplandecientes como cordilleras de oro, caen para dejar el puesto a los áticos, a las balaustradas, y a los antepechos. Además, como en aquella época de confusión y de crisis, predominaban las artes que tenían por material la madera, la plata, el marfil, el bronce, y los jaspes, el estilo arquitectónico, que ya no tenía grandes monumentos que hacer, afectó naturalmente esa pro

M.C.D.2020

ligidad que le hizo tan
rico y elegante, dándole el
germen de que proceden el
entalle, la fundición artística,
la cerámica, la pintura, el vacia-
do y todas las maravillosas
artes del Renacimiento.

La mejor muestra del
nuevo estilo importado por Berru-
guete es el coro de la Catedral,
que hizo en colaboración con
Felipe de Borgoña, siendo hoy
objeto de mil controversias,
cual de los dos sobrepujó al
otro. No se ha verificado jamás
un certamen tan magnífico, ni
vieron nunca las artes lidiar
en tan palenque a dos tan va-
lientes campeones. Ese coro,
de fama imperecedera, ha
quedado como muestra del
Renacimiento español, que

M.C.D.2020

ostentó allí toda su magnificencia. Antes de examinar la silleria alta, que es la obra de Berruguete y de Borgoña, veamos la baja, anteriores a la vuelta de Italia de aquel gran de ingenio, obra impregnada aún de goticismo y notable por la ingenua extravagancia de su escultura, que prueba, o un candor nada comun en los artistas, o una malicia que no se comprende como fué tolerada por los cabildos de aquella época. La historia de las guerras de Granada, que está esculpida en el respaldo de los asientos, es seria y de menos importancia que la escultura decorativa de los sillones y de las escaleras. Los bajo-relieves historiados tienen unicamente la importancia que les dan los

muchos datos de indumentaria y de armamento que contiene; pero ni los grupos tienen acertada disposición, ni las figuras se distinguen por su altura y elegancia. Lo curioso y verdaderamente notable es, la multitud de detalles picarescos que adornan los brazos de las sillas. Con una ingenuidad encantadora, retrataron allí la corrupción de los monacales de aquella época, esculpiendo un fraile con orejas de asno, progenitor sin duda de aquella raza de Gerundios que tambien satirizó otro fraile en el siglo pasado. Varios monos hacen equilibrios en otro sitio y en un rincon está el perrero de la Catedral, látigo en mano y serio como un arzobispo. ¿Es esto una burla o una franqueza

humorística, o una candidez
de maestre Rodrigo el escultor de
esta pieza?. De todos modos aquello
es un sainete que hace recordar
las escenas picarescas que con
intervención de frailes y clérigos
retratan la poesía tan picante
como sencilla de aquél tiempo.

La silleria alta es
la gran creación de un arte vigoroso
y sano, vivificada por el criterio
artístico que falta en obras an-
teriores; arte que trae la fuerza
de las ideas nuevas, y que en
su primer ensayo se presenta
desde luego majestuoso y com-
pleto. Se compone de ochenta
sillas puestas bajo igual
número de arcos sostenidos por
un columnaje de jaspe que
forma un cuerpo del edificio;
en el timpano de cada arco

M.C.D.2020

y sobre la silla hay una figura tallada en madera, y en cada entrepaño del segundo cuerpo que corre sobre la cornisa, otra esculpida en alabastro. Las treinta y cinco sillas del Evangelio son de Borgoña; las treinta y cinco de la Epístola y la central del Arzobispo, de Berruguete. Sobresalen en esta obra incomparable, las esculturas, que no son ya aquellas agarrotadas y estupefactas que hemos visto en las antiguas estatuas, llenas de timidez y confusión; son las hermosas figuras modeladas por la singular anatomía de Miguel Angel, segun el ideal antiguo. Variedad en las actitudes, amplitud en las

formas, soltura y verdad en los ropajes, expresión serena en los semblantes, proporción admirable en los miembros, todas las cualidades de la buena escultura se reunen en aquel vasto museo, siendo de notar que, las obras de Berruguete son más viriles, más robustas, de más atrevida concepción y de más acentuados contornos que las de Borgoña, las cuales tienen en cambio más gracia y serenidad. Las del primero son todas herculeas, segun el viril dibujo que le enseñó el de la capilla Sixtina: las del segundo son más modestas, como creación, pero de más acabada y correcta forma. Bien se echa de ver que Berruguete adoraba el Laocoon que trajo de Italia, vaciado por el mismo; y

M.C.D.2020

de seguro Borgoña era apasiona-
do del Antinóo.

La trasformación que Berruguete determina en España, como arquitecto y como escultor, es bien clara. El arte de construir no creó en manos suyas, ninguna obra de primer orden. Verdad es que ya no se hacían grandes catedrales, y solo vemos de esa época, puertas, capillas, algun pequeño frontispicio para completar obras superiores: en resumen, la arquitectura de los tiempos de Berruguete y el género llamado plateresco, a que dió origen, son esencialmente decorativos. En esto cedió Berruguete al influjo de su época, ocupada en terminar lo antiguo y no deseosa de emprender fábricas nuevas, época dada al lujo, en que empleaba

grandes tesoros: los hombres
en ella viven más aprisa, porque
el mundo está agitado por nuevas
ideas, por las guerras y por la
política; no tiene paciencia
para emprender la erección
secular de grandes monumentos.
Así es, que el célebre artista que
traía en la mente tal vez una
basílica de San Pedro o una
capilla Sixtina, no realizó
en la arquitectura sus ideales.
Aplicó la forma antigua e
introdujo los órdenes olvidados,
y sus discípulos y sucesores,
tomándolo por modelo y adop-
tando su maravillosa escultura,
difundieron el estilo que lleva
su nombre. Pero si en la arqui-
tectura apenas pudo verificar
una verdadera innovación,
contentándose simplemente

con asociar sus conocimien-
tos de lo antiguo al arte de-
corativo y pintoresco, cuyas
tradiciones, fuertemente arrai-
gadas, no podían desaparecer,
en cambio su influencia fué
decisiva en la escultura, que
profesó como un gran maestro.
Todas las estatuas de Berru-
guete tienen el encanto de
la forma: en las del coro, las fi-
guras, aunque vestidas, revelan
a primera vista la ciencia
del desnudo que su autor poseía.
Todas tienen la nobleza de
actitud, y la expresión varo-
nil que caracterizan la escul-
tura del Renacimiento en Italia.
Parecían enteramente paganas
por la preferencia dada a la
elegancia de las formas y
por el artificioso plegado de

de los trajes talares, sino carecieran de aquella serenidad imperturbable y majestuosa del arte griego. Estas figuras son hijas de aquella familia de gigantes que creó Miguel Angel, criaturas ~~de~~ Hercúleas, que aparecen siempre en las actitudes más difíciles para el dibujo, con cierta violencia sublime, con una agitación que aterra, contraidas por los esfuerzos de no sé qué gimnasia fantástica.

Una de las bellas obras de Berruguete, es el sepulcro del Cardenal Tavera, en el Hospital de San Juan: adoptó la forma gótica en la estatua yacente, remedo del cadaver, expresado con un realismo excesivo. Pero él modificó este sistema,

M.C.D.2020

haciendo la caja del sepulcro
segun la manera ideal y simbó-
lica que se usaba en Italia, y
puso cuatro alegorías en los
extremos, que son cuatro obras
maestras. Prescindiendo de
la estatua yacente, que es exacta
copia del cadaver, como se usaba
en los sepulturas ojivales, y está
muy bien ejecutada, el mauso-
leo de Cabera es una obra aca-
bada en su genero. En la orna-
mentación empleó el escultor
una porcion de elementos que
hoy la sana crítica repugna-
ria; pero que entonces se usaba
sin escrupulo en Italia y en
España, por ser lo más bello
que se habia aprendido de la
antigüedad; en el zócalo hay
unos centauros y unos camafeos
que no tienen nada de cris-

tianos; pero en cambio ¡qué unción y qué sentimiento hay en los angeles que adornan los medallones laterales, y qué serenidad en las cuatro águilas que también contornean los cuatro ángulos!. En todo hay mucho de pagano, contrastando visiblemente la caja con la estatua yacente, de una realidad chocante; pero una cosa y otra están admirablemente ejecutadas.

El grande artista español dejó un estilo decorativo muy característico. Los frisos, las enjutas, las pilastras, y los zócalos de todo lo que entonces se hacia, especialmente puertas, retablos, y pequeñas construcciones, aparecen engalanados con multitud de formas, que pueden llamarse mi-

M.C.D.2020

niaturas de las que empleó Miguel Angel en las celebres pechinas de la capilla Sixtina. La figura humana, dispuesta en grupos de dos, aparece reproducida hasta lo infinito: vense estos pares, ya sean atletas, angeles o genios, dispuestos simétricamente a un lado y otro de un candelabro, y se repiten variando la posición de las manos, de las piernas, de los cuerpos, formando singulares juegos que parecen de gimnasia. Así hace gala el artista de sus conocimientos anatómicos; y en su desprecio de toda forma que no es humana, la asocia a la ornamentación vegetal, poniendo hojas que terminan en cabeza de angel, y a veces flores que tienen por pistilos un par de

piernas. Estos cuerpecillos ingeniosos invaden después todas las artes, los bronces, la platería, el entalle, la cerámica, y vemos siempre los pares de atletas retorciéndose en las asas de los vasos, en las estanterías y en los facistoles; el aguila es adoptada para los atriles de coro, y las cabezas de guerreros con cascos aparecen perpetuamente en los casetones de los armarios y aun en las tapas incrustadas de los libros. Puede verse una muestra completa de este genero de decoración en la puerta de la Presentación, que comunica la Catedral con su claustro.

Parecerá que ya no queda nada de aquel antiguo arte mozárabe tan original, tan rico y pintoresco. Pues

a pesar de las innovaciones, a pesar de la grande escuela desarrollada a principio del siglo XVI, todavia existe; los grandes señores la usan todavia en sus grandes palacios; y en la misma Catedral, frente a frente al gótico florido y a las primeras aspiraciones del Renacimiento, se atreve a poner sus lacerias y alicatados desafiando allí, donde es extranjero y exótico, las grandes manifestaciones del arte cristiano y del pagano, que ya llega exigente y poderoso. Si: poco antes de volver Berruguete de Italia, se construye la sala capitular, donde los alarifes hacen su ultimo esfuerzo. Pero allí han trabajado todos de consuno y se ha verificado una reconciliación. El

arco es enteramente arabe, cubre las paredes una ebanistería prodigiosa de los mejores tiempos de lo plateresco y el techo es uno de esos artesonados de López Arenas, el autor de La carpintería de lo blanco. Este techo es un tapiz formado con trozos de madera, oro, rojo y azul; un tejido de lineas, que proceden de los nazares del Tránsito, pero que son más pintorescas, y si se quiere, más árabes por la viveza del color y lo complicado y laberintico de su disposición.

En la mitad del siglo XVI el desarrollo de las artes del lujo es portentoso. El genio de Berruguete parece que se inoculó en todos, creando otros tan universales como él. Entonces la necesidad de

decorar y el afán de ostentar las magnificencias por todas partes, estimuló a los fabricantes de bronces, a los entalladores y a los plateros; las catedrales rivalizaban en lujo artístico y querían eclipsarse unas a otras. Al mismo tiempo vemos confundidas las profesiones y practicadas por un mismo artista, no solo las tres nobles artes, sino todas las que le sirven de complemento y ornato. Sin salir del coro y de la capilla mayor de la Catedral, podremos ver el más completo museo de lo que aquella época produjo, siendo aquel un palenque donde las obras de los más célebres ingenios parecen que quieren confundirse

y oscurecerte unas a otras.

Lo que Berruguete hizo en la madera, lo hizo Francisco Villalpando en el bronce, y así como aquel trabajó en competencia con Borgoña, éste tuvo por rival a Domingo de Céspedes. Pero en estos no es tan difícil asignar la palma de la victoria. La reja de Villalpando es muy superior a la de su competidor. En una y otra, especialmente en la de la capilla mayor, que es la principal y del primero, tiene la escultura un importante papel, y asombra que en material tan duro pudiera el cincel más tenaz labrar tantas maravillas. El gusto plateresco y la decoración introducida por Berruguete dominan allí,

M.C.D.2020

siendo de notar las ~~sober-~~
bias cariátides doradas del se-
gundo cuerpo, hijas legítimas de
las griegas. Pero todo lo pagano
que allí puede haber, está redi-
mido por el enorme Cristo do-
rado que remata la verja, el
cual resplandece allá arriba
como una aparición; y por
un extraño efecto de óptica,
parece que se refleja en
medio del espacio, produciendo
una ilusión luminosa aquel
otro Cristo colosal que termina
el retablo mayor. Los púlpitos
y la reja del coro (obra de
Céspedes), lo mismo que las hojas
de la puerta de los Leones, los atriles, el
facistol y el pequeño altar de prima
y todos los accesorios del culto que
hay en el centro del templo, son
prodigios de riqueza, de lujo,

M.C.D.2020

M.C.D.2020

de arte exquisito y primorosa ejecución. Productos todos de imaginaciones meridionales, llevan en sus infinitos detalles el sello de una inagotable inventiva; revelan un refinamiento de costumbres y una cultura que no nos presenta el arte de otras épocas más adelantadas; y casi puede decirse que la índole de su estilo las hace más propias de los palacios de los reyes que de aquel sitio donde la humildad debe tener su asiento y debe toda la modestia haber hecho su habitación. ¿Qué impresión produce el coro de la catedral de Toledo?. ¿Sumerge el alma en la meditación, incita al recogimiento y a esa suave melancolía que despiertan las cosas santas?. No; porque es

un alarde del lujo más deslumbrador, es el mejor producto de mi arte, no austero y recogido como el de la Edad Media, sino magnífico, risueño, espléndido y feliz. La multitud de figuras modeladas en un alabastro pastoso y más suave que el marmol de Paros, o talladas en una madera delicadísima y fina, que el tiempo ha bruñido, dándole una suavidad y un tono sumamente agradables; las formas esbeltas paganas, esencialmente plásticas de la escultura de Berruguete y de Borgoña; las enfáticas águilas que sostienen los libros del coro; la elegancia ~~barroca~~ sui géneris de las columnas de jaspe y de aquél vasto cuerpo arquitectónico, de un colorido enteramente florentino;

M.C.D.2020

las piezas cinceladas de la reja; y por último, los desvergonzados monos que hacen cabriolas en las sillas de los racioneros, dan a este recinto un carácter mundano y regio a la vez, que respira todo el sibaritismo de las antiguas corporaciones capitulares, pero nada de la santa unción y del grave recogimiento que el lugar requiere. Pero así andaba la religión y el arte en el Renacimiento. El arte, desarrollado en la Edad Media por la protección de la Iglesia, siguió todas las fases de la organización interior de esta y de todas las crisis porque iba pasando. Fué ascético y grave cuando esta lo fué: sutil y atrevido cuando esta lo fué; ~~fuvo~~ tuvo severidad y tristeza

en tiempo de las antiguas abadías; simbolismo y erudición en la edad de las controversias y del furor dogmático; y cuando los cabildos fueron poderes, y los capitulares opulentos, y el clero todo fué amigo de las cosas bellas, epicúreo y sibarita, el arte, tomando del paganismo todo lo que este tenía de plástico y voluptuoso, se cubre de galas, y apoderándose de las maderas finas, de los metales preciosos, del marfil y de los jaspes más ricos, produce esa multitud de bellezas que señalan las épocas de León X, en Roma, de los Médicis en Florencia y de Carlos V en España. El célebre coro es una aglomeración sorprendente de magnificencia enteramente mundana,

presentadas con un lujo insolente, con una belleza provocativa que embriaga los sentidos y llena el alma de alegría. En la verja hay una lacónica e ingeniosa inscripción que manda callar y cantar a todo el que entre allí. Psalle et sile dice en una sutil paradoja digna de servir de tema a unas cortes de amor, queriendo significar que allí deben olvidarse todas las cosas del mundo para ocuparse solo en alabar a Dios. Calderón escribió unos versos muy conceptuosos sobre esta inscripción; pero con todo su ingenio no puede llenar de misticismo aquel recinto que infunde la felicidad en el espíritu, e inspira, en vez de mansedumbre y tristeza, entusiasmo y orgullo.

Canta y calla dice aquel
mote, cuya soberana
inscripción, sacro buril
en grabado bronce estampa.
Canta y calla otra vez leo
y otra vez suspensa el alma
duda como se reduzca
a un precepto Canta y calla

-X-

A pesar de que la arquitectura no tenía ya fuerza en el siglo XVI para crear grandes cosas; aunque la raza de los templos colosales había concluido, se hacen, sin embargo, edificios civiles y sobre todo muchos de reconocida utilidad, como hospitales, asilos y casas de expósitos. Ya no es todo para la iglesia; y aunque los reyes

y magnates han cogido para
sí la parte principal del arte,
siempre queda algo para el
pueblo. Toledo vió en aquel
siglo elevarse tres monumen-
tos de primer orden, dos de los
cuales se debieron a la fia-
dosa y humanitaria devoción
de dos ilustres arzobispos, el
Cardenal Mendoza y el Cardenal
Cabera. En la iglesia me-
tropolitana, la serie de pre-
lados forma, con raras excep-
ciones, una dinastía de
varones insignes tan ilustrados
como virtuosos, que contribuyeron
mucho al esplendor de las artes,
y dotaron a la ciudad de mag-
níficos establecimientos de bene-
ficencia. El Cardenal Mendoza
fundó el Hospital de Santa
Cruz, que es la más acabada

muestra de ese género de transición que enlaza las épocas gótica y del Renacimiento. El pórtico, el patio, la escalera son suntuosísimos; aquellos grandes Cardenales, que gracias a sus enormes rentas podían practicar la caridad con despilfarro, llenaban de maravillas del arte los sitios destinados a la mendicidad; y no sabemos si en esto había un desmedido orgullo o la mantedumbre más ejemplar; lo cierto es, que ellos cubrían de púrpura al pordiotero, como por una especie de compensación, y creían que la caridad no era completa si no se hacía descender a las últimas capas sociales la suntuosidad y belleza de que las superiores no podían prescindir entonces.

Trazó el Hospital de Santa Cruz, el célebre Egas, que había trabajado en la Catedral; y a pesar de que quiso producir una razonable amalgama de la ojiva con la forma greco-romana, no pudo conseguirlo, resultando una gran confusión más bien que una grata armonía. El pórtico, que es bastante bello, aspira a ser un cuerpo proporcionado y medido según la disposición italiana; pero sus líneas se quiebran, se dispersan, buscando la forma irregularmente pintoresca del antiguo estilo: en vano quiere el artista asentar y reposadamente las columnas sobre sus bases: las columnas, la cornisa, las archivoltas, el ático,

son refractarios a las líneas puras, a las disposiciones horizontales y verticales, amplias y majestuosas; no pueden adaptarse a este rigorismo, y se retuercen siguiendo la costumbre, buscan lo múltiple, lo incorrecto, lo desproporcionado, lo tortuoso. Así es, que la celebre portada es una obra confusa, que dista tanto del gótico como del Renacimiento; que no es ninguna de estas cosas, ni las dos juntas. Hace presentir el hermoso plateresco de la puerta de la Presentación y del sepulcro de los Condes de Melito; pero no tiene la pureza de líneas, ni la elegancia pagana de la decoración que introdujo la escultura de Berruguete. Entrando en el edificio, la confusión disminuye, porque la iglesia es de

M.C.D.2020

una forma originalísima, tiende los cuatro arcos torales del crucero góticos, y la escalera y el patio del Renacimiento, franco ya y descubierto.

El Alcázar, de época posterior, perteneciente al segundo tercio del siglo, vale mucho más como obra de arte, pudiendo decirse que es una de las más estupendas construcciones palaciegas que los autócratas de aquel tiempo dejaron en Europa. En él trabajaron simultáneamente Covarrubias y Herrera, auxiliado el primero por Francisco Villalpando, talento tan general como Berruguete. La fachada principal, concebida de muy distinto modo que la del Hospital de Santa Cruz, ofrece en su conjunto la más acertada armonía y una sin-

M.C.D.2020

gular elegancia en los detalles: (1913)
el gran arco de la entrada con
su frontón y sus dos gigantescos
Heraldos, la fila de ventanas
del piso principal, y sobre
todo las del segundo, abiertas
en una faja almohadillada,
sostenidas por columnas de
balaustre, presentan un aspecto
nuevo y rico, en armonía
con los hábitos y el carácter
de su esclarecido fundador. Con
esta fachada, que tiene no
sé qué de español, tal vez
por su pomposa arquitectura
o por los recuerdos de una
brillante época que despierta,
contrasta la posterior hecha
por Herrera, menos elegante
y orgullosa, pero también
muy bella, y mostrando
ese sello especial de severidad

M.C.D.2020

y tristeza que dió a todas sus obras el arquitecto del Escorial. El patio y la escalera del Alcázar son conocidos por las restauraciones de Villanueva. Los continuos desastres que estas dos principales partes del edificio han sufrido, hacen que solo por presunción podamos fijar su forma primitiva, muy semejante sin duda a las que tienen después de la inteligente reparación que la época presente está verificando allí. El patio como hoy lo vemos, próximo a concluirse, es una obra única en ~~los~~ su género, un modelo imperecedero, cuya vista encanta y asombra por la elegancia sin igual del trazado y la ~~solidez~~ y atrevimiento con que

M.C.D.2020

está construido. La escalera es tal, que Carlos V decia que sólo se consideraba Rey de España cuando estaba en ella. Sus proporciones son tan desmesuradas, que la célebre escalera del Escorial y la del palacio de Madrid parecerian mezquinas á su lado: subiendo por ella, no hay nadie que no sea un Liliputiense, y más bien que para simples individuos parece hecha para un ejército. En todo esto se advierte la prodigalidad caballeresca, la hospitalidad generosa, el lujo inteligente y el despilfarro artístico de aquél César, con cuya casa contrasta bruscamente la enorme y gigantesca madriguera de Felipe II, el Escorial, cuyos recintos innumerables, exceptuando

el del templo, parecen no tener suficiente aire respirable, y en ellos se ha obtenido la grandeza material por una multiplicación infinita de la pequeñez.

El Hospital de Tavera es un poco posterior al Alcázar, y como obra de la segunda mitad del siglo tiene cierto aspecto escurialense. Aún no ha venido la total decadencia de las artes; pero en la arquitectura especialmente, se nota la tendencia a desechar todo lo que pueda darle un carácter español. El reinado del Plateresco ha sido muy efímero. El mencionado Hospital es notable por su doble patio, formado de arcadas, algo parecidas a las del Alcázar, y la iglesia sería una obra acabada en su género si

M.C.D.2020

se hubiera empleado en ella un material más artístico que el estuco. La piedra ha huido ya para siempre, y empieza el período de esas iglesias de ladrillos de que ha plagado a España el pretendido y devoto siglo XVII. Lo maravilloso que encierra la iglesia del Hospital de Tavera, es el sepulcro de su fundador, obra maestra de Berruguete, que hemos descrito.

Con este edificio concluye el período arquitectónico. Los edificios del Renacimiento, que mataron los vigorosos estilos mozárabe y ojival, concluyen también después de un período tan esplendoroso como breve; porque, como hemos dicho, la extraordinaria fuerza, la inagotable inventiva, la elegancia de concepción del Renacimiento se

emplea principalmente en (248
la escultura, en obras complementa-
rias y de ornato, y en esa multi-
tud de artes del lujo, que cultiva-
ron Borgoña, Villalpando, Vergara,
Céspedes, Cajés, López de Arenas, y
otros muchos. Pero con la muerte
de la arquitectura coincidió el
desarrollo de otro arte igualmente
importante, producto de una
época de más refinadas costum-
bres, de más erudición y mejor cri-
terio, la pintura. Este arte, que
tiene por edad de oro en España
el siglo que media entre Pablo
de Céspedes y Claudio Coello,
tuvo en Toledo su escuela, ali-
mentada por el pedido de los
conventos y la devoción de los
grandes. Ya desde el siglo XV
otro Berruguete, padre del es-
cultor, había cultivado con

M.C.D.2020

éxito la pintura, siendo de los primeros que pretendieron y divulgaron el estilo florentino. Pero hasta que se acerca el siglo XVII, en los días en que la pintura espiraba en Italia con los Boloneses y los últimos Venecianos, no adquiere en España ese carácter nacional que tanto la distingue, dándole la misma importancia que en la península vecina. Un extranjero contribuye a propagar en Toledo el nobilísimo arte; y si él por tener tantas extravagancias como buenas cualidades, no puede crear verdadera escuela, sus discípulos Frutan, Orrente, y Maino producen obras que por su mérito y homogeneidad, pueden formarla. Ese extranjero que nombramos, Domenico

Theotocopuli, llamado el Greco, fué un artista de genio, en quien los terribles efectos de una enajenación mental, oscurecieron las prendas de un Ticiano o un Rubens. Una inventiva inagotable, gran facilidad para componer, mano segura para el dibujo, y a veces empleo exacto y justo del color y los tonos, son las cualidades que se observan en sus primeras obras; pero después, padeciendo la más lamentable aberración, el Greco se dió a pintar con un falso color y una expresión imaginaria, que marca sus obras con un sello indeleble. Todos han visto sus figuras escuálidas, terroríficas, sin sangre, flacas y amarillas, con las

cabezas sepultadas en enormes gorgueras de encaje rizado: él percibió un extraño ideal, y sin duda, extraviado por una obsesión, esclavo de una monomanía, llegó a ese período lamentable en que es tan original. Una obra maestra ha dejado Theotocopuli, obra en que su extravagancia, todavía no muy pronunciada, aparece oculta por bellezas de primer orden. Es el cuadro que se halla en la iglesia de Sto. Tomé, y representa el entierro del Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Conde de Orgáz.

Aunque los discípulos de El Greco no imitaron sus excentricidades, y produjeron hermosas obras, Toledo

M.C.D.2020

no puede apropiarse la generación completa de la pintura española. Cultivada está en todas las principales ciudades: no fué un arte nacional y característico, hasta que los andaluces le infundieron su genio y le pusieron ~~el~~ su sello inmortal: ~~que todavía lleva.~~

El siglo XVII, que marca una atroz decadencia, así en política como en artes, crea en Toledo, como en toda España, una multitud de bárbaros e insustanciales conventos, fundados por un fanatismo craso y una devoción poco ilustrada. Ya no se ponen al servicio del culto aquellas artes tan

bellas, tan ingeniosas y ricas, que fueron principal gala del siglo anterior. Se derriban palacios mozárabes y del Renacimiento, para erigir esos desapacibles conventos de ladrillo, y esas casas de jesuitas, de que España está llena. La arquitectura es cosa muerta; y como por una especie de ironía, nace de sus cenizas una vil parodia, una caricatura, una burla, el churriguerismo, que pone su mano estúpida en toda las grandes catedrales de España, y en la de Toledo hace el transparente, que es un padrón de ignominia.

Este estilo, que es la carencia completa de sentido

común, lo absurdo y lo necio, lo pedantesco y lo grosero aplicados á la arquitectura, parece haber tomado por modelo de sus formas, la prosaica familia de los moluscos y toda la categoría de los mariscos. El también se inspira en la naturaleza, y tiene por tipo el caracol. El transparente de la Catedral de Toledo, parece una roca de marmol, cubierta de crustáceos de oro.

En el pasado siglo la restauración clásica trae consigo un destello de discreción y estilo en las muertas artes españolas. Pero la arquitectura de Carlos III que tiene no se que sello oficial

y una gran dosis de insustancial
suficiencia, hacen pesar
de su buena procedencia,
tan grandes estragos como el
churriguerismo. Toca todas
las viejas catedrales, y en
la de Toledo, más que en
ninguna otra, deja impre-
sa la huella de su funesto
paso, haciendo puertas y
frontones de una pedante-
ría clásica irresistible. El
criterio artístico no aparece
hasta el presente siglo, que
muy apto para apreciar y
fijar el mérito de las cosas
antiguas, apenas puede
restaurarlas y rara vez
imitarlas. Por lo demás,
bastante funesto ha sido
este siglo para la ciudad
ilustre, que vió bárbara—

mente destruidos por las tropas francesas el Alcázar y el claustro de San Juan de los Reyes, obras únicas en su clase; y solo en estos últimos tiempos, la presente generación, inteligente e inspirada por un recto patriotismo, sabe cuidar con amor las venerables ruinas del arte español. La restauración de Santa María la Blanca, la de la Puerta del Sol, la del Alcázar, la creación del Museo provincial en lo que queda de San Juan de los Reyes, son el mejor título de cultura de los toledanos del siglo XIX.

Benito Pérez Galdós

Toledo. Año 1868

244

Indice

pag.

Prólogo: Alberto Ghiraldo ....

Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo .....

I - X . . . . . .

M.C.D.2020

TELEGRAMA

Punto de destino _____ Nación _____ Vía _____

Núm. _____. Palabras _____. Fecha _____ hora _____ Indicaciones _____

Escríbase con toda claridad.

DESTINATARIO: _____

Señas: _____

Transmitido a _____

Hora: _____

TEXTO: _____

NO DEBE OMITIRSE EL

M.C.D.2020